



*Lu Sin*

## Experiencia y otro ensayos

Comentario [LT1]:

### MI PUNTO DE VISTA SOBRE LA CASTIDAD

La castidad solía ser una virtud, tanto para los hombres como para las mujeres, y de aquí proviene la referencia a los "castos hidalgos" de nuestra literatura. Sin embargo, la castidad que hoy se exalta sólo vale para las mujeres, con los hombres no tiene nada que ver. Según los moralistas contemporáneos, una mujer casta es la que no vuelve a casarse, ni huye con un amante después de la muerte de su marido; es más, cuanto más pronto muere el marido y cuanto más pobre es su familia tanto más le es posible mantenerse casta. Hay además otros dos tipos de mujer casta: una se mata cuando el marido o el novio mueren; la otra trata de suicidarse si la ataca un seductor, o halla la muerte resistiéndosele. Cuanto más cruel sea su muerte, tanto más grande ha de ser la gloria que obtendrá. Si se mata sólo después de haber sido sorprendida y violada, es inevitable que surjan habladurías. Sólo hay una probabilidad entre diez mil de que aparezca un moralista generoso dispuesto a perdonarla sobre la base de las circunstancias y a acordarle el título de "casta". Pero ningún literato querrá escribir su biografía y, si se viese obligado a hacerlo, seguramente la cerrará con una nota de desaprobación.

En resumen, cuando el marido muere la mujer debe quedarse sola o morir. Si encuentra un seductor también debe morir. El hecho de que tales mujeres sean alabadas demuestra que la sociedad es moralmente sana y que todavía hay esperanzas para China. Este es el nudo de la cuestión.

Kang Yu-ewi<sup>1</sup> debió escudarse en el nombre y la autoridad del emperador, los espiritualistas dependen de supersticiones sin sentido; pero exaltar la castidad es algo que le corresponde exclusivamente al pueblo. Esto demuestra que estamos avanzando. Con todo, hay todavía algunas cuestiones que quisiera tratar, y a las que intentaré responder según los conocimientos de que dispongo. Como, por otra parte, considero que esta idea de salvar al mundo con la castidad la sostiene la mayoría de mis compatriotas, y que los que la enuncian no son más que portavoces de la comunidad, someteré mis preguntas y respuestas a la mayoría del pueblo.

Mi primera pregunta es: ¿De qué manera las mujeres no castas perjudican al país? Es actualmente muy claro que "el país está amenazado por la ruina". No hay límites a la vileza de los crímenes cometidos y se suceden las guerras, el bandidismo, la carestía,

---

<sup>1</sup> El exponente más destacado del movimiento reformista de fines del siglo pasado que, sirviéndose del nombre y de la autoridad del joven emperador Kuang Hsu, pedía una monarquía constitucional. El movimiento fue anulado por el golpe de Estado de 1898, encabezado por la tía del emperador, la emperatriz viuda Tzu Hsi.

las inundaciones y la sequía. Pero esto se debe al hecho de que no tenemos una nueva moral, ni una nueva ciencia, y a que todos nuestros pensamientos y nuestras acciones son anacrónicos. He aquí por qué estos tiempos oscuros se parecen a las antiguas eras de tinieblas. Por otra parte, todos los puestos del gobierno, del ejército, del mundo académico y de los negocios están ocupados por hombres, y no por mujeres no castas. Y parece improbable que los hombres en el poder hayan sido hasta tal punto hechizados por tales mujeres, como para perder todo sentido del bien y del mal, y como para arrojarse a la disipación. En cuanto a las inundaciones, a la sequía y a la carestía, derivan de la falta de conocimientos modernos, del culto de los dragones y de las serpientes, de la tala de los bosques y de la negligencia en lo que hace a la conservación de las aguas; en suma, tienen todavía mucho menos que ver con las mujeres. Es cierto que la guerra y el banditismo generan a menudo una cosecha de mujeres no castas, pero la guerra y el banditismo vienen antes, y las mujeres no castas son una consecuencia. No es la disolución de las mujeres la que causa tales desórdenes.

Mi segunda pregunta es: ¿Por qué las mujeres deberían asumir la entera responsabilidad de salvar al mundo? Según la vieja escuela, las mujeres pertenecen al *yin*<sup>2</sup>, o sea, al elemento negativo. Su lugar está en la casa, como bienes de los hombres. Por lo tanto, el honor de gobernar el Estado y de salvar al país le corresponde ciertamente a los hombres, que pertenecen al *yang*, o sea, al elemento positivo. ¿Cómo podemos hacer pesar sobre las débiles mujeres un deber tan feroz? Por otra parte, según los modernos, los dos sexos son iguales y tienen más o menos las mismas obligaciones. Aun cuando las mujeres tienen sus propios deberes, no deben tener más de los que les corresponden. Los hombres deben hacer su parte, no sólo combatiendo la violencia, sino ejercitando sus propias virtudes masculinas. No basta con castigar a las mujeres y predicarles.

Mi tercera pregunta es: ¿con qué objeto se exalta la castidad? Si clasificamos a todas las mujeres del mundo según su castidad veremos probablemente que se dividen en tres categorías: las que son castas y deben ser alabadas; las que no son castas y las que aún no se casaron, o cuyos maridos todavía viven y todavía no encontraron un seductor, razón por la cual su castidad no puede ser todavía medida. La primera categoría sale del apuro muy brillantemente y con todos los elogios, así que podemos dejarlas de lado. Y la segunda categoría está más allá de toda esperanza, porque en China nunca hubo posibilidad de arrepentimiento para una mujer que se ha equivocado: sólo puede morir de vergüenza. O sea que sobre ellas tampoco vale la pena detenerse. La tercera categoría, por lo tanto, es la más importante. Cuando sus corazones se conmovieron deben haberse hecho a sí mismas este voto: "Si mi marido muere nunca volveré a casarme. Si llego a encontrar a un seductor me mataré lo antes posible". Pero díganme, por favor, ¿qué efecto tendrán decisiones como ésta sobre la moral pública, que, como ya se ha señalado, es determinada por los hombres?

Y aquí surge otra cuestión. Estas mujeres castas tan elogiadas son, naturalmente, ejemplos de virtud. Pero, por más que todos puedan aspirar a la sabiduría, no todos pueden ser modelos de castidad. Algunas de las mujeres de la tercera categoría pueden tener las más nobles resoluciones, ¿pero qué ocurre si los maridos viven hasta edad avanzada y el mundo sigue en paz? Deben sufrir en silencio, condenadas a ser ciudadanas de segunda categoría para toda la vida.

Hasta ahora nos hemos servido simplemente del sentido común de antigua estampa y, sin embargo, incluso así, encontramos bastantes cosas contradictorias. Si realmente vivimos en el siglo veinte nos introduciremos en otros dos puntos.

Ante todo: ¿la castidad es una virtud? Las virtudes deben ser universales, requeridas a

---

<sup>2</sup> Ciertos seguidores del confucianismo, que adoptaron en parte la doctrina metafísica del *yin* y el *yang*, sostenían que todos los fenómenos eran el resultado de la acción recíproca de estos dos principios. El *yang* era el principio dominante, el *yin* el principio dependiente. Esto reflejaba su convicción de que los hombres eran seres superiores, y las mujeres seres inferiores.

todos, estar al alcance de todos, y ser benéficas tanto para los demás como para sí mismos. Solamente así vale la pena tenerlas. Pero más allá del hecho de que todos los hombres están excluidos de lo que hoy se ha dado en llamar castidad, ni siquiera todas las mujeres pueden ser elegidas para este honor. Por lo tanto, una virtud no puede ser calculada, ni tomada como ejemplo... Cuando un hombre violento ataca a una criatura del sexo débil (las mujeres, tal como están las cosas actualmente, son todavía débiles), si el padre, los hermanos y su marido no pueden salvarla, e incluso los vecinos la abandonan, lo mejor que puede hacer es morir, claro que puede morir luego de haber sido deshonrada, o bien puede no morir en absoluto. Más tarde, el padre, los hermanos, el marido y los vecinos se juntarán con los escritores, los intelectuales y los moralistas; y, en absoluto avergonzados de su cobardía e incompetencia, ni preocupados acerca de cómo castigar al criminal, empezarán a agitar la lengua. ¿Murió o no? ¿Fue violentada o no? ¡Qué alivio si murió, qué escándalo si no murió! Así crean, por un lado, a todas estas gloriosas mujeres mártires y, por otro lado, a estas desvergonzadas, golpeadas por universal condena. Si reflexionamos fríamente podemos ver que, lejos de ser loable, esto es absolutamente deshumano.

La segunda cuestión es: ¿los hombres polígamos tienen derecho a elogiar la castidad en las mujeres? Los viejos moralistas dirían ciertamente que sí. El solo hecho de ser hombres los hace diferentes y árbitros de la sociedad. Basándose en el antiguo concepto del *yin* y el *yang*, o del negativo y el positivo, les gusta darse aires con las mujeres. Pero hoy la gente ha entrevisto la verdad, y sabe que este razonamiento sobre el *yin* y el *yang* es absolutamente insensato. Incluso admitiendo que exista un doble principio, no hay modo de probar que el *yang* es más noble que el *yin*, que el hombre es superior a la mujer. Además, a la sociedad y al Estado no los construyen sólo los hombres. De donde debemos aceptar la verdad de que ambos sexos son iguales. Y si son iguales, deben estar ligados por el mismo contrato. Los hombres no pueden imponer a las mujeres las reglas que ellos mismos no respetan. Es más, si el matrimonio es una venta, una estafa o una forma de tributo, un marido no tiene ni siquiera el derecho de pretender que la mujer le sea fiel durante toda la vida. ¿Cómo puede un polígamo elogiar a una mujer porque sigue al marido hasta la tumba?

Con esto terminan mis preguntas y respuestas. La tesis de los moralistas es tan débil que resulta extraño que hayan sobrevivido hasta el presente. Para comprenderlo debemos ver cómo se originó y se difundió esta cosa llamada castidad, y por qué permaneció inmutable.

En la sociedad antigua las mujeres solían ser propiedad de los hombres, los que podían matarlas, comérselas y hacer de ellas lo que les viniera en gana. Después de la muerte de un hombre, se consideraba absolutamente natural sepultarlo junto con sus mujeres, sus tesoros y sus armas predilectas. Poco a poco, esta costumbre de enterrar vivas a las mujeres cesó y nació el concepto de castidad. Pero fue sobre todo porque una viuda era la mujer de un hombre muerto, cuyo fantasma la perseguía, que los demás hombres no osaban casarse con ella, y no porque se considerase equivocado que una mujer volviera a casarse. Esto ocurre todavía hoy en las sociedades primitivas. No tenemos manera de saber qué ocurría en China en la remota antigüedad; pero a partir del final de la dinastía Chou<sup>3</sup> aunque los siervos eran sepultados con sus patrones, esto se refería tanto a los hombres como a las mujeres, y las viudas eran libres de volver a casarse. Parece, por lo tanto, que esta costumbre desapareció muy pronto. De la dinastía Han (206 a. de C. - 200 d. de C.) hasta la dinastía Tang (678-907) nadie sostenía la castidad. Fue sólo durante la dinastía Sung (960-1279) cuando los confucianistas profesionales empezaron a proclamar: "Morirse de hambre no es demasiado malo, pero perder la castidad es una gran desgracia". Y se mostraban horrorizados toda vez que leían en la historia de alguna mujer que se había casado dos veces. Si eran sinceros o no, nunca lo sabremos. Fue cuando los hombres empezaron a hacerse "día a día más degenerados", cuando el país se

---

<sup>3</sup> Del siglo XI al siglo V a. de C.

encontró "frente a la ruina" y cuando la gente la pasaba muy mal; así, es posible que estos confucianistas profesionales se sirvieran de la castidad de las mujeres para castigar a los hombres. Pero como este tipo de insinuaciones es más bien mezquino, y su razón de ser no es en absoluto clara, aunque pueda haber provocado un leve aumento del número de mujeres castas, los hombres generalmente permanecieron impasibles. De este modo, China, con "la civilización más antigua del mundo y el más alto nivel moral", "por gracia de Dios y voluntad del cielo" cayó en manos de Setsen Khan, Oeuldjaitou Khan, Kuluk Khan<sup>4</sup> y todos los demás. Luego de muchos otros cambios de gobernantes, el concepto de castidad tuvo un ulterior desarrollo. Cuanta más fidelidad pretendía el emperador de sus súbditos, tanta más castidad pretendían los hombres de las mujeres. A partir de la dinastía Ching los intelectuales confucianistas se hicieron aún más rígidos. Cuando leyeron en una historia de la dinastía Tang acerca de una princesa que volvió a casarse, bramaron indignadísimos: "¡Cómo! ¡Cómo osan dirigir tales calumnias contra la realeza!" Si el historiador Tang hubiese vivido todavía habría sido ciertamente borrado de la lista oficial por "refinar el corazón de los hombres y reformar su moral".

Así, cuando el país está por ser sometido, se habla mucho de la castidad y las mujeres que se suicidan son muy consideradas. Porque las mujeres les pertenecen a los hombres, y cuando un hombre muere su mujer no debe volver a casarse; tanto menos debe serle arrebatada durante la vida. Pero como, él mismo pertenece a un pueblo sometido; al no tener el poder de proteger a su mujer, ni el coraje de resistir, halla una salida presionando sobre ella para que se quite la vida. También hay hombres ricos, con un ejército de mujeres, hijas, concubinas y siervas, que no logran controlarlas a todas en los períodos turbulentos. Hallándose frente a tropas rebeldes o del gobierno son absolutamente impotentes. Todo cuanto pueden hacer es salvar su pellejo y presionar sobre sus mujeres para que se den una muerte gloriosa, así los rebeldes no volverán a interesarse en ellas. Luego, cuando el orden se restablece, estos ricachones pueden volver a casa y pronunciar algún panegírico sobre la muerte, . Que un hombre se vuelva a casar es algo absolutamente normal, de modo que buscan otra mujer y todo ha terminado. He aquí porqué hay obras tales como *La muerte de dos viudas virtuosas* o *El epitafio de las siete concubina*. También los escritos de Chien Chien-yi<sup>5</sup> están llenos de historias de mujeres castas y de elogios a su muerte gloriosa.

Solo una sociedad donde cada uno se preocupa exclusivamente por sí mismo y las mujeres permanecen castas mientras los hombres son polígamos, puede crear una moralidad tan pervertida que se hace cada vez más exigente y cruel con el pasar del tiempo. No hay nada de extraño en esto. Pero como el hombre propone y la mujer sufre ¿cómo es posible que las mujeres nunca hayan protestado? Porque la sumisión es la virtud cardinal de las esposas. Claro está que una mujer no necesita instrucción: para ella es delito incluso abrir la boca. Dado que su alma está tan distorsionada como su cuerpo<sup>6</sup> no objeta esta moralidad distorsionada. E incluso una mujer que tiene ideas propias no tiene posibilidad de expresarlas. Si escribe alguna poesía sobre el claro de luna o sobre las flores, los hombres pueden acusarla de buscar un amante. Entonces, ¿cómo se va a animar a desafiar á esta "verdad eterna"? Algunas historias, claro está, cuentan acerca de mujeres que por diversas razones no quisieron permanecer castas. Pero los narradores siempre ponen en evidencia que una viuda que se vuelve a casar, o es aferrada por el fantasma del primer marido y arrastrada al infierno o, condenada por el mundo entero, ¡se convierte en una mendiga que es echada de todas las casas hasta que muere miserablemente!

---

<sup>4</sup> Durante la dinastía Yuan (1279-1368), todos los emperadores tenían títulos mongoles. Setsen (que quiere decir inteligente) era el título de Kublai Khan, Oeuldjaitou (larga vida) el título de Timour, Kuluk (el excepcional), el título de Khaischan.

<sup>5</sup> 1582-1844. Ministro de ceremonias hasta fines de la dinastía Ming; fue un traidor que dio la bienvenida a los invasores manchúes. Su nombre aparece en la sección dedicada a los funcionarios renegados en la historia de la dinastía Ming.

<sup>6</sup> Se refiere a la costumbre de vender los pies de las mujeres.

Siendo éste el estado de cosas, las mujeres no tienen otra salida que someterse. Pero ¿por qué los hombres dejaron que las cosas siguieran este rumbo en lugar de levantarse en defensa de la verdad? El hecho es que después de la dinastía Han la mayor parte de los instrumentos para conformar la opinión pública estaban en manos de los confucianistas profesionales, y mucho más lo estuvieron a partir de las dinastías Sung y Yuan. Es raro encontrar un sólo libro que no haya sido escrito por estos intelectuales ortodoxos. Ellos eran los únicos que expresaban opiniones. Con excepción de los budistas y de los taoístas, a los que les fue permitido por decreto imperial expresar sus opiniones, ninguna otra "herejía" pudo dar un solo paso en descubierto. Por otra parte, la mayoría de la gente estaba notablemente influida por la "fanfarrona inflexibilidad" de los confucianistas. Era tabú hacer cualquier cosa que no fuese ortodoxa. Así, incluso aquellos que se daban cuenta de la verdad no estaban dispuestos a dar la vida por ella. Todos sabían que una mujer sólo podía perder la castidad a causa de un hombre. Y sin embargo seguían condenando sólo a la mujer, mientras el hombre que destruía la reputación de una mujer casándose con ella, o el rufián que la obligaba a morir no casta, pasaba en silencio. Después de todo, los hombres son más temibles que las mujeres, y es más difícil hacer justicia que tejer elogios. Pocos hombres con cierto sentido de la honestidad sugirieron, es verdad, débilmente, que no era necesario para una joven seguir a su novio hasta la tumba: pero el mundo no los escuchó. Si hubieran insistido habrían sido considerados intolerables y tratados como mujeres no castas. De este modo se hicieron "flexibles" y pasaron a los rangos. He aquí por qué nada ha cambiado hasta ahora.

(Debo señalar aquí que entre los actuales campeones de la castidad se encuentran varias personas que conozco. Estoy seguro de que entre ellos hay hombres dignos y llenos de las mejores intenciones, pero su modo de salvar a la humanidad está equivocado. Para ir hacia el norte se dirigen hacia el sur. Y no podemos prestarles atención sólo porque son buenas personas, capaces de llegar al norte yendo hacia el oeste. Por eso espero que volverán atrás). Luego, hay otra cuestión.

¿Es difícil ser castos? La respuesta es: sí, es muy difícil. Precisamente porque los hombres saben lo difícil que es, elogian la castidad. La opinión pública siempre dio por descontado que la castidad depende de la mujer. Aun cuando un hombre seduce a una mujer, nadie le exige rendición de cuentas. Si A (un hombre) hace *avances* a B (una mujer), pero ella lo rechaza, entonces la mujer es casta. Si muere en el transcurso del suceso es una mártir gloriosa; el nombre de A queda intacto y la sociedad immaculada. Si, por otra parte, B acepta a A, ella no es casta; nuevamente el nombre de A queda intacto, pero B ha ofendido a la sociedad. Esto ocurre también en otros casos. La ruina de un pueblo, por ejemplo, siempre se hace recaer sobre la mujer. Quiéranlo o no ellas se han echado sobre las espaldas durante más de tres mil años los pecados de la humanidad.

Como a los hombres no los llaman a rendir cuentas y no tienen vergüenza, siguen seduciendo a las mujeres a su placer, mientras los escritores tratan a tales incidentes como románticos. Así, una mujer es asediada por el peligro por todas partes. Con excepción del padre, de los hermanos y del marido, todos los hombres son seductores en potencia. Esta es la razón por la que digo que es difícil ser casta.

¿Es penoso ser casta? La respuesta es: mucho. Y precisamente porque saben cuán penoso es, los hombres elogian la castidad. Todos quieren vivir, pero convertirse en mártir significa ciertamente la muerte, no hace falta explicarlo. Una viuda casta, con todo, puede vivir. Podemos dar por descontado su dolor, pero incluso su existencia física es difícil. Si las mujeres tuvieran medios para ser independientes y la gente se ayudase mutuamente, una viuda podría arreglárselas sola; pero, desafortunadamente, en China ocurre precisamente lo inverso. Así, si tiene dinero está segura, pero si es pobre sólo puede morir de hambre. Y hasta que muera de hambre no será honrada, y su nombre no figurará en los anales de la historia local. Invariablemente, los anales de los diversos distritos contienen una sección titulada: "Mujeres Mártires", una línea o media línea para cada una. Pueden llamarse Chao, Chien, Sun o Li, de todos modos, ¿a quién le interesa leer acerca de ellas? Hasta los grandes moralistas que cultivaron

el culto de la castidad durante toda su vida pueden no conocer los nombres de las diez primeras mártires de su propio y honorable distrito; así, vivas o muertas, estas mujeres son recortadas del mundo. Por eso digo que ser casta es doloroso.

En tal caso, ¿es quizá menos doloroso no ser casta? No, esto también es muy penoso. Dado que la opinión pública desprecia a las mujeres, ellas son, pues, deshechos sociales. Gran parte de las creencias cuidadosamente tramadas por los antiguos son completamente irracionales, y sin embargo el peso de la tradición puede aplastar a los personajes indeseables. Sólo Dios sabe cuántos delitos han cometido desde la antigüedad estos anónimos, inconscientes asesinos, incluyendo la muerte de las mujeres castas. Ellas, sin embargo, son honradas luego de su muerte al ser mencionadas en las historias locales, mientras que las mujeres no castas son insultadas por todos en vida y sufren una insensata persecución. Por eso digo que incluso no ser casta es muy penoso.

Las mismas mujeres, ¿son partidarias de la castidad? La respuesta es: no, no lo son. Todos los seres humanos tienen ideales y esperanzas. Su vida debe tener un sentido, ya sea noble o bajo. Lo mejor es aquello que beneficia tanto a los demás como a nosotros mismos, pero cada uno espera por lo menos beneficiarse a sí mismo. Ser casta es difícil y penoso, y no le aprovecha ni a los demás ni a sí mismos; por lo tanto, decir que las mujeres son partidarias de la castidad es realmente irracional. Si encontráis una joven mujer y le rogáis sinceramente que se convierta en mártir se enfurecerá, y podréis incluso recibir puñetazos de su respetable padre, de sus hermanos y de su marido. Con todo, esta costumbre persiste, apoyada en la tradición. Sin embargo, nadie deja de temer a la "castidad". Las mujeres temen ser crucificadas por ella, mientras que los hombres temen por sus circunstancias y por las mujeres que aman. Por eso digo que la castidad no favorece a nadie.

Sobre la base de los hechos y de las razones expuestas más arriba, afirmo que ser casta es extremadamente difícil y penoso, que no favorece a nadie, que no es de provecho para los demás ni para sí mismos, que no sirve ni al Estado ni a la sociedad, que no tiene ningún valor para la posteridad. Ha perdido todo significado (admitiendo que lo haya tenido alguna vez) y toda razón de ser.

En fin, tengo una última pregunta que hacer.

Si la castidad ha perdido todo significado y toda razón de ser ¿no son acaso los sufrimientos de las mujeres castas completamente vanos?

Mi respuesta es: ellas merecen nuestra compasión, deben ser compadecidas. Pescadas en engaño, sin ninguna buena razón tradicional, son sacrificadas sin sentido. Debemos rendir grandes conmemoraciones en su honor.

Después de haber llorado por los muertos debemos jurar ser puros, inteligentes, valientes, y que aspiramos al progreso. Debemos quitarnos toda máscara. Debemos acabar con toda la estupidez y la tiranía que existe en el mundo y que ofende tanto a los demás como a nosotros mismos.

Luego de haber llorado por los muertos debemos jurar que nos desembarazaremos de todos los insensatos sufrimientos que envilecen nuestras vidas.

Debemos acabar con toda la estupidez y la tiranía que crean y nutren los sufrimientos de los demás.

También debemos jurar que haremos lo posible porque todo el género humano conozca la felicidad que le espera.

*18 de julio de 1918.*

## **NOCHE DE OTOÑO**

Detrás de mi casa, más allá del muro del jardín, se ven dos árboles. Uno es un árbol de dátiles; el otro también.

El cielo nocturno sobre ellos es extraño y alto. Nunca vi un cielo tan extraño, tan alto. Parece querer dejar este mundo de hombres, de modo que, cuando la gente mira hacia arriba, no esté en condiciones de verlo. Por ahora, sin embargo, está singularmente azul. La multitud de sus ojos estrellados golpea fríamente los párpados. Una leve sonrisa aletea en torno de sus labios, una sonrisa que parece retener densa en significados, mientras espolvorea un hielo pesado sobre las flores selváticas de mi jardín.

No sé cómo se llaman estas plantas, ni con qué nombres se las conoce comúnmente. Sé que una de ellas tenía minúsculas flores rosadas. Algunas se mantienen todavía en sus ramas, aunque más pequeñas que nunca.

Estremeciéndose en el aire frío nocturno, sueñan con la llegada de la primavera, con la llegada del otoño, con el descarnado poeta que vierte lágrimas sobre sus últimos pétalos, diciéndoles que el otoño llegará, y que llegará el invierno, y sin embargo volverá la primavera, cuando las mariposas vuelan de aquí para allá, y todas las avispas empiezan a zumbar cantos primaverales. Entonces las pequeñas flores rosadas sonríen, aunque hayan tomado un lúgubre color violáceo por el frío y todavía tiemblen.

En cuanto a los árboles de dátiles, han perdido completamente sus hojas. Antes, uno o dos muchachos venían a recoger los dátiles que habían escapado a los demás. Pero ahora no ha quedado ni siquiera un dátil, y los árboles perdieron todas sus hojas. Conocen el sueño de las pequeñas flores rosadas, la primavera después del otoño; y conocen el sueño de las hojas caídas, el otoño después de la primavera. Pueden haber perdido todas las hojas y puede que sólo les hayan quedado las ramas; pero éstas, sin el peso ya de los frutos y el follaje, se tienden voluptuosamente. Alguna rama gruesa, sin embargo, pende aún, cicatrizando las heridas hechas en la corteza por los palos que tiraron abajo los dátiles. Mientras tanto, rígidas como el hierro, las ramas gruesas más derechas y más largas agujerean silenciosas el cielo extraño y alto, haciéndolo parpadear de miedo. Agujerean incluso la luna llena en el cielo, haciéndola empalidecer y disgustándola.

Parpadeando de miedo el cielo se hace cada vez más azul, cada vez más incierto, como si tuviese ganas de huir del mundo de los hombres y de evitar a los árboles de dátiles, dejando detrás a la luna. Pero también la luna se esconde hacia oriente. Mientras, siempre silenciosas y rígidas como el hierro, las gruesas ramas agujerean el cielo extraño y alto, decididas a infligirle una herida mortal, sin importarles el hecho de que él agite encantadoramente los párpados.

Con un grito pasa un fiero pájaro nocturno.

De pronto oigo reír a la medianoche. Es un sonido sofocado, cómo para no despertar al que duerme, y sin embargo todo el aire alrededor resuena con esa risa. Medianoche, y no hay nadie fuera de mí. Me doy cuenta de que soy yo quien ríe, y de inmediato mi risa me conduce otra vez a mi cuarto. De inmediato levanto la camisa de mi lámpara de kerosene.

Un repiqueteo resuena en el vidrio de la ventana que da al jardín, donde los insectos chocan contra el marco. Pero hete aquí que alguno de ellos logra entrar, sin duda, a través de un agujero del papel. Una vez adentro, vuelven a repiquetear chocando contra el tubo de la lámpara. Uno se precipita por el tubo y cae en la llama, y así me doy cuenta de que la llama es real. Sobre la pantalla de papel otros dos o tres reposan ansiosos. La pantalla es nueva, de ayer a la noche,

Su papel, blanco como la nieve, está plegado como un fuelle y pintado en un ángulo con un ramillete de gardenias rojo sangre.

Cuando las gardenias rojo sangre se abran, los árboles de dátiles, pesados por su follaje esplendoroso, volverán a soñar una vez más el sueño de las pequeñas flores rosadas...

Otra vez siento la risa de la medianoche, y rápidamente corto el flujo de mi pensamiento para observar a los pequeños insectos verdes, todavía posados sobre el papel. Como semillas de girasol, con sus gruesas cabezas y sus pequeñas colas, sólo miden la mitad de un grano de cereal, y son todos de un verde adorable, que rompe el corazón.

Bostezo, enciendo un cigarrillo y echo una bocanada de humo, ofreciendo un homenaje silencioso, frente a la lámpara, a estos verdes y exquisitos héroes.

*15 de septiembre de 1924.*



## MAESTROS

Últimamente, los jóvenes han pasado a ser tema de moda: no se habla de otra cosa. Pero claro que no todos los jóvenes son iguales.

Algunos son despiertos, otros duermen, otros están en coma, otros se mantienen perezosamente despaciosos, y otros se divierten, para recordar solamente a una parte. Claro está que hay otros, además, que quieren ir hacia adelante.

Los jóvenes que quieren avanzar suelen buscar un maestro. Osaría decir, con todo, que jamás lo encuentran. Sin embargo, de ser así son afortunados. Porque quien se conoce a sí mismo y a sus propios límites no querrá hacer de maestro, mientras que quien cree en sí mismo puede resultar un guía para nada confiable. Todos los que se consideran guías han superado la edad en la que un hombre "es equilibrado"<sup>7</sup>. Son grises y viejos de espíritu, llenos de tacto y de cautela, eso es todo; sin embargo, se proponen como guías. Si realmente conocieran el camino habrían avanzado hacia su propia meta, en lugar de seguir siendo maestros. Los monjes que exponen las leyes budistas, y los taoístas que venden elixires se convertirán, tarde o temprano, en blancos huesos, como cualquier otro. Sin embargo, los hombres van donde ellos para escuchar la gran verdad sobre la vida eterna; ¡que ridiculez!

Atención: no significa esto que yo condene totalmente a ciertas personas. No hay nada de malo en hablar con ellos. Algunos sólo pueden hablar, otros sólo pueden escribir; y si esperan que se den de puñetazos se equivocan. Si supieran darse puñetazos ya lo habrían hecho desde hace rato. Pero entonces querrían que dieran saltos mortales.

Parece que algunos jóvenes se dieron cuenta de esto. Recuerdo que, cuando el suplemento de *Noticias de Pekín* pidió que se aconsejara a los jóvenes acerca de las lecturas adecuadas, alguno opuso objeciones y, en resumen, sostuvo que el único juez digno de crédito es el mismo lector. Quisiera dar un paso más allá, aunque suene un tanto decepcionante, y decir que incluso el lector puede no ser siempre un buen juez.

La mayor parte de nosotros tiene la memoria corta. Esto no debe asombrar, porque hay demasiados sufrimientos en la vida, especialmente en China. La gente que tiene buena memoria termina siendo aplastada a muerte por el peso de los sufrimientos; sólo los que tienen mala memoria, los más aptos para sobrevivir, pueden precisamente seguir siendo felices. Con todo, tenemos un poco de memoria y podemos rehacer lo andado con el pensamiento para darnos cuenta de que "ayer estaba equivocado, pero hoy no", "un hombre dice una cosa, pero quiere decir otra", "mi yo presente está luchando con mi yo pasado". Nunca vimos el alimento de los demás cuando nos moríamos de hambre y no había nadie; nunca vimos el dinero de los demás cuando éramos desesperadamente pobres, ni jamás vimos a una de las más hermosas mujeres de la tierra cuando el deseo nos quema. Por lo tanto, haremos bien en no vanagloriarnos demasiado pronto. De otro modo, si tenemos memoria, podremos tener que sonrojarnos en alguna ocasión futura.

Tal vez aquéllos que comprenden que no son del todo dignos de fe, son relativamente dignos de crédito.

¿Por qué deberían los jóvenes buscar guías que cuelgan carteles dorados para publicitarse? Mejor harían en buscar amigos y unirse a ellos, y avanzar juntos hacia aquel lugar donde sea posible sobrevivir. Tenéis fuerza, incluso de reserva.

Si llegáis a un lugar salvaje, podéis plantar árboles. Si llegáis a un desierto, podéis excavar pozos. ¿Para qué pedirles a los demás que os indiquen viejas pistas, ya invadidas por la maleza? ¿Por qué ir en busca de maestros viejos y derrotados?

11 de mayo de 1925.

---

<sup>7</sup> Confucio dijo que a los treinta años él "era equilibrado". La expresión se usó más tarde para indicar a un hombre de treinta años.

## CHARLAS NO OCIOSAS

En las *Charlas ociosas* publicadas en el número 40 de la *Revista Moderna*, el señor Chen Yuan, transportado por una noble indignación, protesta en nombre de los escritores que sufrieron pérdidas materiales debido a que el editor se apropió indebidamente de sus obras. Como mi humilde nombre figura en la lista, me siento en verdad apabullado. De modo que, luego de cenar, desahogo mis reacciones. El "motivo" por el cual escribo es tal vez todo lo contrario de "puro". Recuerdo que, cuando era joven, en mi pequeña ciudad natal, la gente de bajo rango mostraba poca gratitud por los pretendidos favores que le otorgaba la gente adinerada, y se le reprochaba su "ingratitude". Mi padre y mi abuelo eran intelectuales que podían clasificarse entre los literatos; pero a partir de mi generación, de un modo u otro, nuestra familia conquistó costumbres de bajo rango. No me gusta aceptar condolencias, mucho menos favores. El asunto es que siempre sospecho que son falsos. Sin duda, esta sospecha es la raíz de la "ingratitude", y esto puede ser lo que convierte en "impuro" lo que escribo.

Nunca experimenté un "impulso creativo" que me ate al escritorio y me obligue a escribir hasta cuando me amenazan por todas partes el hierro y el fuego; Sé perfectamente que ese impulso es miedo, noble y profundamente admirable: lo malo es que nunca lo sentí. Una mañana, hace pocos días, mientras un amigo me miraba con aire de reproche, enrojecí y sentí de manera tormentosa el impulso de hacer algo. Pero más tarde, refrescado por el frío viento del tardío otoño, la temperatura de mi cara se tornó normal y no me puse a escribir. Por lo que respecta a mis escritos ya impresos, son algo que me ha sido mamado. Cuando digo mamado me refiero al método de extracción: no pretendo que mis obras sean como leche ni espero que las sellen en botellas de vidrio y las envíen a alguna "casa de cultura". Si usamos un término que se ha puesto de moda imprevistamente, y llamamos "abortos" a las obras inmaduras de los jóvenes ansiosos por verse impresos, entonces las mías no son ni siquiera "abortos", sino "un gato en el lugar de un príncipe"<sup>8</sup>. Así, en cuanto he terminado de escribir la cosa está terminada. Me importa un rábano que los editores se apropien de mis libros y lo que dicen los literatos. Pero si las personas que estimo tienen ganas de leerlas y las elogian, no puedo dejar de sentirme complacido. Reuní algunos de mis escritos y los publiqué en forma de libros solo para ganar dinero. Esa es la verdad.

¿Esto significa tal vez que cuando escribo no soy serio? No, realmente. Y aunque no tenga un gran sentido de mi dignidad, no me esfuerzo por ser divertido. Cuando alguien es "mamado" ¿cómo puede sonreír o decir chistes? Sólo un inmortal podría hacer algo similar. Y yo no tomé como maestro a ningún santo taoísta.

Pero después de haber escrito no me preocupó demasiado por los hijos de mi cerebro, por cuanto no considero "que mi escoba rota sea un tesoro"<sup>9</sup>. Porque, como ya he explicado, una vez escritos los mando al diablo. ¿Quién desea detenerse en cosas muertas o liquidadas? Cuando los editores, con su gran discernimiento, elijen y publican mis obras, tampoco presto ninguna atención. En efecto, aunque lo quisiera, no podría detenerlos de ningún modo. Una vez tuve la intención de cobrar los derechos de autor por una traducción, cuando supe que el libro se había agotado; le escribí al editor para reclamar el pago. Me respondieron que su ex administrador se había jubilado y que debía dirigirme a él. Fue un golpe. Dado que los editores estaban en Shangai, me resultaba difícil tomar el tren e ir hasta allá personalmente a exigir el pago o a entablarles juicio. Y tengo también alguna otra objeción que hacerte a cierto tipo de antologías. Una es que cuando el original contiene algunas erratas —

<sup>8</sup> Se cuenta que cuando una de las concubinas del emperador Chen Tsung (998-1022) tuvo un hijo, la emperatriz lo raptó y puso un gato en lugar del niño.

<sup>9</sup> El emperador Wen (220-224), de la dinastía Wei, escribió que los intelectuales se vanagloriaban de su talento y despreciaban el de los demás. Por eso uno de ellos podía pensar que su vieja escoba podía valer diez mil monedas de oro.

evidentísimos errores de imprenta— se cuidan muy bien de corregirlos. Otra es que hacen solemnes declaraciones sobre los "ismos" y las "ologías" de la obra, que a menudo tienen un lejano parecido con mi punto de vista. Naturalmente, la crítica es "una aventura del alma" y el alma de un crítico siempre está más adelantada que la del escritor. Pero en eso que ellos llaman un cadáver yo puedo oír claramente un corazón que late. Ciertamente, este es un caso en el que "las paralelas nunca se encuentran". Fuera de ello, no tengo motivos para lamentarme demasiado.

Puede parecer una refinada generosidad oriental, pero temo que en realidad derive del hecho de que yo no vivo de mi pluma. En China, la compensación media por un ensayo de congratulaciones, en el clásico estilo eufuista, gira todavía en torno de un centenar de *taels* de plata, mientras que los escritores en lengua vulgar no valen nada. En lo que respecta a las traducciones, se dice que a ellas se dedican hombres con mentes perversas, incapaces de escribir, que envidian a los que saben hacerlo. Así, cuando se produce un progreso en el campo literario, las traducciones no valen ni un centavo. Por lo que yo escribí, aunque al comienzo muchas veces fui rechazado, mi precio actual va de uno a tres dólares cada mil palabras. Pero como no tengo muchos buenos clientes, a menudo escribo esto y aquello sólo por un sentido del deber. Algunos piensan que usé mis derechos de autor, no sólo para hacerme una casa y comprar arroz, sino para mantener mis cigarrillos y dulces. En realidad, estos fondos fraudulentos provienen de otras fuentes: en realidad no soy muy bueno diciendo cosas subidas de tono para asustar a los editores antes de negociar con ellos. Creo que la cosa más barata en China es el trabajo de un obrero. Inmediatamente después se ubica lo que llaman escribir; sólo estafando se hace dinero. Si uno quiere vivir sólo de su pluma, mi experiencia me dice que para vender un artículo hace falta de un mes a un año y más. De modo que cuando finalmente llega el dinero, el autor estará estupendamente muerto de hambre; si luego, para colmo, es verano, ya estará marchito y no tendrá estómago para comer.

Por eso siempre usé otros recursos para mantenerme vivo, y sólo practico el ejercicio llamado escribir cuando me "maman". Dado que mis artículos son "mamados", es obvio que tienen poco en común con la "inspiración", con el "impulso creador" y cosas por el estilo. Surge entonces otra cuestión. Si no tuviese que ganarme la vida con otros medios y pudiese concentrarme en la escritura, ¿sentiría "la inspiración" y todo lo demás, y produciría obras relativamente más importantes, o, por lo menos, me abstendría de ofrecer gatos pelados en lugar de príncipes? No lo sé. De la mañana a la noche, durante todo el año, en las escuelas de campo, los maestros enseñan a los niños del pueblo. No "piensan continuamente en la política" ni "se dedican a toda suerte de fútiles actividades", pero tampoco parece que produzcan manuscritos como *Los prolegómenos al estudio de la educación* u otros tratados eruditos para la posteridad. Por otra parte, obras como *El Capital* de Carlos Marx, o *Crimen y Castigo* de Dostoievski, no se escribieron después de saborear café moka o de fumar cigarrillos egipcios. Puede haber editores y traductores de "especial talento", como el ministro Chang Shih-chao, o escritores de "grandes revistas", subsidiadas por funcionarios o que reciben publicidad de los bancos, que, una vez que han reposado y se han llenado pueden limar su lenguaje durante meses y producir alguna obra excepcional y elegante, muy antigua y profunda. En mi caso, admitido que tenga la panza llena y que no venga demasiada gente a verme, puedo quedarme plácidamente recluido en casa sin escribir. O, si escribo, se tratará de alguna nota blanda y ambigua —lo que se llama una narración equilibrada e imparcial— equivalente, en suma, a no escribir en absoluto.

Así, cuando los pequeños editores de Shangai se convierten en mosquitos y me chupan la sangre, aunque ciertamente me causen cierto daño material, no siento demasiado resentimiento hacia ellos, pues sé que son sólo mosquitos, y así hacen los demás. Lo que más me ha dañada en la vida no son ni los editores, ni los soldados, ni los bandidos, ni ciertos bien conocidos bribones, sino los "rumores". Este año, por ejemplo, se corrió la voz de que yo "había incitado a los estudiantes", de que "complotaba para convertirme en presidente del colegio" y de que "me habían bajado

a puñetazos los incisivos". Una vez, hasta el señor Chen Yuan, que simpatizaba conmigo por la pérdida de mis derechos de autor, fue llamado a engaño y publicó rumores por el estilo en sus habituales *Charlas ociosas*, en el número 25 de la *Revista Moderna*. Es una prueba del poder de los rumores. Del mismo modo, daña menos a una estudiante que los bandidos le roben algo de su echarpe rosa que el hecho de que sobre su persona se echen a correr rumores calumniosos, por obra de literatos abyectos y bellacos. No he logrado descubrir, con todo, si esos rumores los fabrica una persona o varias, ni cómo se llaman los que las propagan. En realidad, por falta de tiempo dejé de investigar, pero por comodidad los llamaré "animales".

No obstante la división entre hombres y animales, los animales, desafortunadamente, se han mezclado con los hombres. Y como todos tienen rostros humanos, no se puede notar la diferencia. Así me hice sospechoso, y no me gusta escuchar consejos; y como no tengo nada que decir, no escribo mucho. A veces, un genuino estallido de indignación me golpea como algo extraño y extravagante. Y esto da el toque final a mi "ingratitud" de bajo rango, haciéndola incurable.

Lo cierto es que, por cuanto no nos guste el nombre de "compilador" porque nos recuerda a los compiladores de ensayos de examen de la dinastía Ming, algunos hombres de este tipo nos vendrían bien en la actualidad. Durante los últimos años, el trabajo de algunos escritores desconocidos ha sido mejor que el de los autores destacados; sin embargo, nadie les prestó la más mínima atención y se los dejó morir por su cuenta de muerte natural. El año pasado le propuse al señor D. F. que alguien se encargara de recoger las publicaciones periódicas de las diversas localidades y las examinara atentamente, para después elegir y publicar una colección de cuentos, con el objeto de darles un público más vasto. Había que excluir a todos los cuentos ya editados en volúmenes y "acompañarlos educadamente hasta la puerta". Pero no se hizo nada: ninguna decisión se tomó entonces, y más tarde cada uno de nosotros tomó su camino. No puedo dedicarme yo mismo a este trabajo porque tengo mis preferencias. Cuando discuto por casualidad acerca de errores y razones, siempre pienso que mis amigos tienen razón, y considero más vale pobres de técnica a todos los que están en mi contra.

No parece haber "ecuanimidad" en mi corazón, ni la encontré en otras personas. Sin embargo, sigo esperando que exista en algún lado. He aquí por qué no me animo a asignarme el papel de juez, ni mucho menos el de crítico literario.

Como no existen compiladores profesionales, los críticos podrían hacer perfectamente este trabajo; porque el deber de un crítico no consiste solamente en erradicar las malas hierbas, sino en regar las bellas flores o, por lo menos, las bellas flores en embrión. El crisantemo, por ejemplo, es una hermosa flor que tuvo su origen como planta selvática, con pequeños pétalos amarillos, llamadas comúnmente Estrella del cielo. Pero hoy tal vez no se escribe nada bueno o quizá cuando los hombres se hacen críticos asumen un tono muy altisonante; en efecto, en lo que hace a los jóvenes escritores, sólo los vi recibiendo golpes en la cabeza, protegidos o completamente ignorados. Muy a menudo los críticos envalentonan o guían. En lo que respecta a ciertos "literatos" que se conducen como críticos, su única función parece ser la de guardias de cuerpo: gesticulan y se arrojan sólo para defender su propio patrón. Con este objeto llegan incluso a apuñalar a los otros por la espalda, sin dar nombres, o sin dar claro testimonio, pero sirviéndose en cambio de un lenguaje insidioso, de manera tal que el hombre atacado no sepa que es su blanco. Y ellos rellenan todas las lagunas de sus escritos con una campaña de murmuraciones dirigida a suscitar sospechas acerca de todos. Esta manera de vilipendiar no se circunscribe a los escritores, sino que este año la vi también actuando contra las muchachas. Los antiguos hablaban de los "trucos diabólicos", pero dado que los diablos no existen, pensaban en criaturas como éstas. Es evidente que este fondo está más allá del desprecio, y que también los que se limitan a hacer de guardias de cuerpo no deberían poder ser críticos.

Los editores, como otros comerciantes, quieren simplemente su provecho. Todos sabemos que su "motivo" al publicar o hacer apreciaciones es "impuro". Por eso nunca los consideramos en la misma categoría de los profesores universitarios. Pero como el

provecho es su único motivo, me siento bastante seguro de ellos. Claro que las personas afortunadas que nunca fueron apuñaladas por la espalda se resentirán incluso por defectos pequeños como éste.

Esto también puede considerarse como un escrito. Pero éste también me fue "mamado", y no se trata de la charlatanería ociosa en la que uno se abandona saboreando el té junto a la estufa. Así, para terminar, vuelvo atrás para escribir el título, como demostración de que ésta es una narración de hechos reales.

*22 de noviembre de 1925,*

## AH CHANG Y "EL LIBRO DE LAS COLINAS Y LOS MARES"<sup>10</sup>

Mamá Chang fue la doméstica que me crió, o sea —para darle un título más importante— mi nodriza. Así la llamaban mi madre y muchos otros, porque este nombre sonaba más garboso. Sólo mi abuela la llamaba "Ah Chang". Yo la llamaba a menudo "Ama", sin siquiera añadir el Chang. Pero cuando estaba enojado —al saber, por ejemplo, que había sido ella precisamente la que había matado a mi topo— entonces yo también la llamaba "Ah Chang".

Por nuestra parte no había nadie apellidado Chang. Y como ella era suave, gordota y pequeña, Chang<sup>11</sup> no servía ni siquiera para describirla. Además, tampoco era su nombre personal. Recuerdo que una vez me dijo que su nombre era Muchacha Cualquiera. He olvidado el epíteto, pero por cierto no era "alta". Y jamás supe su apellido. Recuerdo que una vez me contó cómo había tomado ese nombre. Muchos, muchos años antes, nuestra familia había tenido una doméstica altísima, cuyo verdadero nombre era Ah Chang. Más tarde, cuando se fue, esta Muchacha Cualquiera la sustituyó; pero, dado que todos estaban acostumbrados al nombre y no querían cambiarlo, desde entonces se convirtió en Mamá Chang.

Aunque es feo hablar mal de las personas a sus espaldas, si quieren que sea sincero, debo admitir que mi opinión sobre ella no era muy buena. Lo que más me fastidiaba era su costumbre de chismosear: no hacía más que murmurar al oído de cualquiera, sacudiendo el índice hacia arriba y hacia abajo en el aire, o señalando la punta de la nariz de su interlocutor, o la suya propia. Cada vez que había un pequeño litigio en nuestra casa, yo no podía dejar de sospechar de que su charlatanería tuviese la culpa. Limitaba incluso mis movimientos. Si arrancaba una hierba mala o daba vuelta una piedra, decía que era malo y me amenazaba con decírselo a mi madre. Y en la cama, durante el verano, alargaba los brazos y las piernas como un enorme carácter *t* (ta), apretándome hasta el punto de no tener ya espacio para darme vuelta, y mi pedazo de estera se ponía caliente de tanto yacer sobre él. Pero no me sentía capaz de empujarla, y tampoco podía despertarla gritando.

"Eres tan gorda, Mamá Chang, que el calor debe resultarte insoportable. ¿No es extraña la posición en que duermes...?"

Mi madre le hizo esta pregunta luego de haber oído mis múltiples lamentos. Y sabía que era una advertencia a la nodriza para que me dejara más espacio. Ah Chang no dijo nada. Pero esa noche, cuando el calor me despertó, había un gran carácter *t* tendido sobre el lecho y uno de sus brazos me atravesaba el cuello. Me convencí de que no había realmente salida.

Sin embargo, en muchos otros aspectos era respetuosa de las convenciones, aunque la mayor parte de sus costumbres me hicieran perder la paciencia. El período más feliz del año era, naturalmente, la vigilia de año nuevo. Luego de haber asistido al fin del año viejo, ponía junto a mi almohada el dinero envuelto en papel rosa que los adultos me habían dado. Al día siguiente, a la mañana, podía gastarlo como me diese la gana. Yacía sobre la almohada mirando a hurtadillas los paquetes rosas, pensando en el pequeño tambor, en las armas, en las estatuillas de creta y en el Buda de azúcar que compraría al día siguiente. Luego llegaba ella y ponía una Naranja de la Buena Suerte en la cabecera de mi cama.

— ¡Recuérdalo bien, hijito! —me decía con fervor—. Mañana es el primer día del primer mes.

Cuando abras los ojos a la mañana, lo primero que debes decir es: ¡Buena suerte, ama! ¿Te acordarás? Debes recordarlo, porque de ello depende la buena suerte para todo el año. No digas nada más, ¡pon mucha atención! Y luego de decirlo, debes comer un gajo de la Naranja de la Buena Suerte —y entonces tomaba la naranja y la

<sup>10</sup> Una colección de leyendas que datan del IV al II siglo a. de C.

<sup>11</sup> El carácter *chang* quiere decir alto.

agitaba delante de mí—, pues entonces, ¡durante todo el año próximo la fortuna te acompañará!

Hasta en sueños recordaba que era año nuevo, y a la mañana me despertaba insólitamente temprano. Apenas abría los ojos quería sentarme. Pero ella alargaba inmediatamente su brazo para detenerme. Yo la miraba atontado, y veía que me miraba ansiosamente.

Casi como suplicándome me golpeaba la espalda. E imprevistamente, recordaba.

"Buena suerte, nodriza".

"¡Buena suerte! ¡Buena suerte para cada uno de nosotros! Querido niño. ¡Buena suerte!", estaba absolutamente conmovida, y se reía mientras me metía en la boca algo helado. Cuando me reanimaba de la impresión me daba cuenta de que debía tratarse de la Naranja de la Buena Suerte. Ahora que todas las pruebas para ser admitidos el día de Fin de Año habían sido felizmente superadas podía levantarme a jugar.

También me enseñó muchas tradiciones. Por ejemplo, si alguien moría no había que decir que estaba muerto, sino "se fue". No había que entrar en la habitación donde alguien había muerto, ni donde había nacido un niño. Si un grano de arroz caía al suelo había que recogerlo y mejor aún, comerlo. Por ningún motivo se debía caminar bajo la vara de bambú sobre la que hubiese tendidos secándose pantalones o bombachas... Había otras más, pero ya olvidé la mayor parte; y las que recuerdo con más claridad son los extraños ritos de año nuevo. En suma, eran tonterías tan minuciosas que el sólo recordarlas hoy me hace perder la paciencia.

En una ocasión, con todo, sentí por ella un respeto sin precedentes. A menudo me contaba historias sobre los Cabellos Largos<sup>12</sup>. Y los Cabellos Largos que describía no eran solamente las tropas de Hung Hsiu-chuan, sino que parecían incluir a todos los bandidos de épocas sucesivas y también a todos los rebeldes, con excepción de los modernos revolucionarios, que entonces no existían. Describía a los Cabellos Largos como a los seres más temibles, que hablaban de una manera que nadie podía entender. Según ella, cuando los Cabellos Largos entraron en nuestra pequeña ciudad, toda la familia huyó hacia la costa, dejando al cuidado de la propiedad sólo al guardián y a la vieja cocinera. Luego, naturalmente, un Cabellos Largos llegó a nuestra casa. La cocinera lo llamó "Gran Rey" —parece que ésta era la forma de dirigirse a los Cabellos Largos— y se lamentó diciendo que se moría de hambre.

"En tal caso —dijo el Cabellos Largos con una sonrisa maligna—, ¡cómeme esto!". Y le lanzó algo redondo con una colita aún prendida: ¡era la cabeza del guardián! Los nervios de la vieja cocinera no volvieron a serenarse jamás. Cada vez que, en adelante, la gente hablaba de aquellos días, se ponía terrosa y se golpeaba el pecho gimiendo: "¡Ay! ¡Ay! ¡Me da un temblor! ¡Un temblor tremendo me da...!".

No me asusté porque sentía que todo eso no tenía nada que ver conmigo; yo no era un guardián. Pero Mamá Chang debió adivinar mis pensamientos, porque dijo: "Los Cabellos Largos también se hubieran llevado a niños como tú, para convertirlos en Cabellos Largos. También se llevaban a las muchachas hermosas".

"¡Bah! Tú te hubieras arreglado de cualquier forma".

Estaba convencido de que hubiera estado totalmente a salvo, dado que no era ni un guardián, ni un niño, ni bella. En efecto, tenía bastantes cicatrices en el cuello, llagas que habían sido cauterizadas.

"¿Cómo puedes decir algo semejante? —preguntó con aire severo—. ¿Crees que no les hubiéramos servido? También nos hubieran llevado a nosotros. Cuando las tropas del gobierno vinieron a atacar la ciudad, los Cabellos Largos nos hacían quitar los pantalones y nos ponían en fila sobre los muros, porque entonces el ejército no podía

---

<sup>12</sup> El ejército de los Taiping que condujo la revuelta campesina de 1851-1864. Los chinos fueron obligados por los Manchú a rasurarse la cabeza y llevar colita. Como los Taiping no se cortaban el pelo, fueron llamados Cabellos Largos.

disparar el cañón. ¡Si hubiesen disparado el cañón habría estallado!". Esto iba naturalmente más allá de mis sueños más absurdos. No podía dejar de sentirme estupefacto. La había imaginado tan solo como un relicario de fastidiosas convenciones, sin sospechar que tuviese un poder espiritual tan tremendo. Después de eso empecé a sentir por ella un especial respeto, frente a las profundidades insondables que me había revelado. Si alargaba los brazos y las piernas de noche y ocupaba toda la cama era del todo comprensible. Tenía que dejarle espacio.

Si bien mi respeto por ella se consumía poco a poco, creo que nunca habría desaparecido completamente hasta que descubrí que era ella la que había matado a mi topo. En esa ocasión la sometí a un severo interrogatorio y le dije: "Ah Chang" en su propia cara. Como yo no era un pequeño Cabellos Largos y jamás hubiera atacado una ciudadela, ni disparado un cañón, no podía temer que el cañón estallase; ¿por qué entonces, pensé, debía tenerle miedo?

Pero mientras lloraba por mi topo y quería vengarlo, deseaba también ardientemente una copia del *Libro de las colinas y de los mares*.

Un lejano tío abuelo había hecho nacer en mí este deseo. Era un viejo gordo y gentil, que amaba cultivar plantas como el cloranto, el jazmín o el raro árbol de la seda, que según dicen es originario del sur. Su mujer era exactamente lo opuesto: no tenía ningún interés por las flores. Una vez rompió una rama de cloranto apoyándose en el bambú para tender los paños, pero su única reacción fue maldecir al ramo porque se había roto. Mi viejo tío abuelo era un espíritu solidario, que no tenía a nadie con quien hablar, por eso le gustaba la compañía de los niños, y a menudo nos llamaba también sus "jóvenes amigos". En el edificio donde vivían varias familias de nuestro clan él era el único que poseía muchos libros y, además, libros insólitos. Tenía, naturalmente, volúmenes de los ensayos y de las poesías escritas para los exámenes imperiales. Pero el suyo fue el único estudio donde pude encontrar *Los Comentarios sobre las flores y la fauna en el Libro de los cantos*, de Lu Chi<sup>13</sup> y muchos otros extraños títulos. En aquel momento mi preferido era *El espejo de las flores*<sup>14</sup>, con todas sus ilustraciones. El me contó que había una edición ilustrada del *Libro de las colinas y de los mares*, con diseños de animales con cara de hombres, de serpientes con nueve cabezas, de pájaros con tres patas, de hombres con alas, y de monstruos sin cabeza que usaban dos pezones a manera de ojos... Lamentablemente, lo había perdido.

Aunque deseaba ver semejantes ilustraciones, no me gustaba insistir para que tratara de encontrarlo. Era muy indolente. Ninguna de las otras personas a las que les pregunté me dio una respuesta sincera. Tenía varios centenares de monedas de cobre que me habían regalado para año nuevo, pero ninguna posibilidad de comprar ese libro. La calle principal, donde vendían libros, estaba muy lejos de nuestra casa, y las vacaciones de año nuevo eran el único período del año durante el cual tenía la posibilidad de empeñarme en buscar. Pero durante ese período, las puertas de los negocios estaban cerradas.

Mientras jugaba la cosa no andaba tan mal, pero en cuanto me detenía volvían a mi mente las ilustraciones del *Libro de las colinas y de los mares*.

Tal vez porque volvía tan a menudo sobre el tema, hasta Ah Chang empezó a preguntarme de qué se trataba ese *Libro de las colinas y de los mares*. Nunca se lo había mencionado, porque sabía que no era una persona instruida, de manera que hablarle no habría tenido sentido. Pero como me lo preguntó, le hablé.

Pasaron dos semanas o un mes, y luego de haberse ido por cuatro o cinco días de vacaciones a su casa, volvió con una nueva chaqueta de algodón azul. Apenas me vio me alargó un paquete.

"¡Aquí tienes, hijito!", dijo alegremente. Me quedé duro. Me apresuré a tomar el paquete y abrirlo. Contenía cuatro volúmenes y, demás está decirlo, cuando me puse a hojearlo allí estaban los animales con cara humana, la serpiente de nueve cabezas...

<sup>13</sup> Un escritor del siglo III d. de C.

<sup>14</sup> Un libro de jardinería de Chen Hao-tzu, que vivió en el siglo XVII.



y todo lo demás. Esto me inspiró un nuevo respeto. Lo que los demás no habían querido o podido hacer, Ah Chang había sido capaz de realizarlo. Verdaderamente poseía un poder espiritual tremendo. Mi resentimiento contra ella por haber matado al topo desapareció para siempre.

Esos cuatro pequeños volúmenes fueron los primeros que poseí, y mi libro más querido.

Todavía hoy puedo verlos. Pero ahora me doy cuenta que tanto la impresión como las ilustraciones eran extremadamente toscas. El papel era amarillo y los dibujos muy primitivos, poco más que una línea unida a la otra; hasta los ojos de los animales eran unos garabatos oblongos. Sin embargo, fue mi libro más querido. Realmente allí estaban los animales con cara de hombres, la serpiente de nueve cabezas, el buey con una sola pata, el monstruo Ti Chiang en forma de bolsa, y Hsing Tien, que no tenía cabeza pero "usaba los pezones como ojos y el ombligo como boca" y "danzaba con lanza y escudo".

Luego empecé seriamente a coleccionar libros ilustrados. Compré *Fonéticas e ilustraciones para Erh Ya*<sup>15</sup> e *Ilustraciones del Libro de los Cantos*<sup>16</sup>. Tuve también las *Pinturas seleccionadas* por Tien Shih-tsai<sup>17</sup> y *Una nave cargada de pinturas y poesías*<sup>18</sup>. Compré otra edición litográfica del *Libro de las colinas y los mares* con ilustraciones y versos finales en cada capítulo. Las ilustraciones eran verdes con caracteres rojos —mucho más hermosos que los de mi edición impresa con matrices de madera— y este libro lo tuve hasta hace dos años. Era una pequeña edición con comentarios de Ho Yu-hsing<sup>19</sup>. En cuanto a la otra edición, no logro recordar ahora cuando la perdí.

Mi nodriza, Mamá Chang o Ah Chang, debe haber dejado este mundo por lo menos hace tres años. Nunca supe ni su nombre ni su historia. Todo cuanto sé es que tenía un hijo adoptado y, por lo tanto, probablemente se había quedado viuda muy pronto.

Madre Tierra oscura y gentil, ¡que su espíritu pueda reposar en paz y para siempre en tu seno!

10 de marzo de 1926.

---

<sup>15</sup> Un antiguo léxico chino que data probablemente del siglo II a. de C. El autor es desconocido.

<sup>16</sup> Un libro japonés del siglo XVIII.

<sup>17</sup> Una colección de las obras de pintores chinos y japoneses, impresa en 1885.

<sup>18</sup> Pinturas de la época de la dinastía Ming.

<sup>19</sup> Un famoso intelectual de la dinastía Ching, que vivió de 1757 a 1825.

## UNA CARTA DE SHANGAI

30 de agosto de 1926

Querido Hsiao-feng:

Al día siguiente de nuestra separación tomé un tren para Tientsin, adonde llegué por la noche. Durante el viaje no ocurrió nada, pero apenas salía de la estación de Tientsin cuando, de pronto, un tipo de uniforme —un aduanero, pienso— aferró mi cesta.

— "¿Qué es?" —preguntó.

Antes de que hubiese respondido: "Cosas para el viaje", había sacudido dos veces la cesta y se había marchado majestuosamente. Por suerte en la cesta no había ni sopa de gingseng, ni sopa de verduras saladas, ni siquiera objetos de vidrio, de modo que no hubo daño alguno. Todo bien.

Viajé de Tientsin a Pukow en el expreso especial; no era demasiado ruidoso, aunque todavía estaba bastante repleto. No subía al tren desde los siete años, desde cuando acompañé a mi familia a Pekín. Ahora, por cuanto parece, mantienen separados a los dos sexos. En el compartimiento vecino al mío había una familia compuesta por un hombre y tres mujeres, pero mandaron al hombre afuera y metieron adentro a otra mujer. Y cuando nos acercábamos a Pukow estalló una tempestad en un vaso de agua. Como aquella familia de cuatro personas le había dado una propina muy pequeña al sirviente del vagón, otro sirviente, gordo y fornido, vino a perorar delante de nuestra puerta "para que oyeran aquéllos". La médula de su monólogo fue que el dinero es lo esencial. ¿Para qué vive un hombre, sino para el dinero? Sin embargo, él trabajaba como sirviente en el tren, por unas pocas propinas, porque tenía el corazón en su lugar, no allí (e indicaba su atillo). Hubiera podido vender su tierra para comprarse fusiles y formar una banda a sus órdenes, y, luego de habérsela gastado alegremente, convertirse en funcionario y hacer mucho dinero. Pero dado que su corazón estaba aquí (e indicaba el pecho) se conformaba con ser un sirviente y ganar lo justo para mandar a los chicos a la escuela y hacer de ellos ciudadanos de bien... Pero eso sí, si se lo ponía a prueba demasiado, era capaz de cualquier cosa, ¡hasta de lo peor! Nosotros éramos seis, y ninguno le contestó nada. Supe más tarde que le dieron un dólar extra, y así terminó el asunto.

No tengo intención de seguir el ejemplo de ciertos literatos audaces que atacan al generalísimo Sun Chuan-fang en un semanario de Pekín<sup>20</sup>. Pero cuando llegué a Hsiakuan y recordé que en ese lugar de elevada moralidad aún se jugaba al antiguo juego de las flechas en el vaso<sup>21</sup>, no pude menos que sentirme divertido. A mí Hsiakuan me parecía igual que siete años antes, excepto que entonces llovía y esta vez hacía buen tiempo. Estando demasiado retrasado como para tomar el expreso especial, tuve que tomar el tren nocturno, así que reposé durante un rato en un hotel. Changadores y camareros eran tan honestos como siempre, y el pato salado, el cerdo a la parrilla y el pollo asado estaban a buen precio y tan sabrosos como otrora. Pedí dos onzas de vino de kaoliang, cuyo gusto también era superior al de Pekín. Puede ser que sólo fuese fruto de mi fantasía, pero también debía existir algún motivo, dado que el vino tenía un sabor de kaoliang en hierbas, y, cuando cerraba los ojos después de haber bebido, era como estar en los campos después de la lluvia.

Estaba todavía en los campos cuando un camarero vino a informarme que me buscaban. Afuera encontré bastantes civiles y a tres o cuatro soldados armados con fusiles. No los conté, pero formaban una pequeña multitud. Uno de ellos dijo que quería inspeccionar mi equipaje. Le pregunté por dónde quería empezar el examen.

<sup>20</sup> En sentido irónico. Los "audaces" literatos no eran realmente contrarios a Sun Chuan-fang.

<sup>21</sup> Un juego que se realizaba durante las festividades en la China antigua; consistía en arrojar flechas a un vaso, y el que perdía tenía que beber. En el intento de revivir las tradiciones del pasado, Sun reintroduce este juego en 1926.

Señaló una valija de cuero revestida en tela. Una vez que la hube desatado, introducido la llave y abierto de par en par, se acomodó para revisar los indumentos. Luego de un rato pareció perder el ánimo. Se levantó y agitó la mano, y ante ese gesto los soldados hicieron de frente-march y se fueron. Y, alejándose, el jefe me hizo incluso un gesto muy educado con la cabeza. Este fue mi primer encuentro con la nueva "clase que posee las armas" bajo la república. Tuve la impresión de que no eran demasiado malos. Si los hubieran ejercitado para echar a volar "rumores", como a los de la "clase desarmada", no habría podido viajar.

El tren nocturno para Shangai partió a las veintitrés, y como había poquísimos pasajeros podíamos distendernos y dormir lo más bien. Lamentablemente, los asientos eran tan cortos que debíamos replegarnos. En ese tren el té era excelente; lo servían en vasos de vidrio y tenía un hermoso color, buen perfume y buen sabor. Tal vez me gustó tanto porque durante años me había acostumbrado a tomar té hecho con agua de pozo, pero creo que era realmente bueno. Así, bebí dos vasos mientras miraba hacia afuera, por la ventanilla, el valle del Yangtsé envuelto en la noche, y no dormí casi nada.

Sobre ese tren me encontré por primera vez con estudiantes que hablan en inglés, y por primera vez oí términos como "radio" o "cuenca submarina". Y fue sobre ese tren donde, por primera vez, vi jóvenes señores demasiado frágiles como para soportar el peso de cualquier tela, vestidos con túnicas de seda y zapatos de seda con puntas curvas, que comían semillas de melón mientras leían diarios frívolos, que parecían no poder terminar. Evidentemente, las provincias de Kiangsu y de Chekiang poseen un insólito porcentaje de tipos así, lo que significa que el juego de las flechas en el vaso seguirá jugándose durante algún tiempo.

Ahora estoy en Shangai, en un hotel, pero tengo ganas de partir. Siento que viajar se convierte para mí en un placer después de algunos días de viaje, y me gustaría continuar interminablemente. Una vez oí decir que en Europa existe una raza llamada gitanos, a los que les gusta vagabundear y no quedarse nunca en un mismo lugar. Cuando lo supe pensé que se trataba de gente muy extraña, pero ahora veo que tienen razón. En aquel entonces yo era demasiado ignorante. Aquí llueve y por lo tanto no hace demasiado calor.

Lu Sin

## LA ENFERMEDAD DE MI PADRE

Deben haber pasado otros diez años desde que esta historia, que concierne a un conocido médico, estaba en boca de todos en la pequeña ciudad de S.

Cobraba un dólar con cuarenta la visita, diez dólares por una llamada urgente, el doble por un llamado nocturno y cuatro veces esa cantidad por una visita a domicilio fuera de la ciudad. Una noche, en una familia que vivía fuera de la ciudad, se enfermó gravemente la hija. Los familiares lo mandaron llamar para que fuese hasta allá y, como por ese entonces tenía tanto dinero que no sabía cómo gastarlo, se negó a ir por menos de cien dólares. Tuvieron que aceptar el pedido. Con todo, al llegar, el médico se limitó a echar una rápida ojeada a la muchacha.

— No es grave" —dijo.

Luego escribió la receta, tomó los cien dólares y se fue.

Evidentemente, la familia de la enferma era muy rica, porque al día siguiente le pidieron que volviera. El dueño de casa fue a su encuentro con una sonrisa.

— Ayer a la noche le dimos su medicina, doctor —dijo— y está mucho mejor. Por eso le pedimos que le eche otra ojeada."

Lo guió como el día anterior a la habitación y una empleada sacó la mano de la enferma fuera de la cortina de la cama. El médico puso sus dedos sobre el pulso y lo encontró helado, sin pulsaciones.

— Hum —dijo asintiendo—. Ya sé de qué enfermedad se trata.

Con absoluta calma se acercó a la mesita, sacó un recetario y escribió: "Páguese al portador cien dólares de plata".

Firmó con su propio nombre y aplicó el sello.

— La enfermedad parece bastante seria, doctor —dijo el dueño de casa a sus espaldas—. Pienso que la medicina debería ser un poco más potente."

— Muy bien —dijo el médico. Y escribió otra receta: "Páguese al portador doscientos dólares de plata."

Abajo firmó nuevamente con su nombre y aplicó otra vez el sello.

Hecho esto, el dueño de casa tomó la receta y lo acompañó gentilmente hasta la puerta.

Tuve que ver con este famoso clínico durante dos años enteros, porque venía un día sí y un día no a visitar a mi padre. Si bien ya era muy conocido, no tenía todavía tanto dinero como para no saber cómo gastarlo; sin embargo, su tarifa ya era de un dólar con cuarenta la visita. En las grandes ciudades, una tarifa de diez dólares no se considera actualmente exorbitante, pero en aquella época un dólar con cuarenta era una alta suma, sin duda no fácil de reunir, especialmente cuando se la debía pagar cada dos días. Puede ser que, bajo ciertos aspectos, él no tuviese igual. Era opinión generalizada que sus recetas eran insólitas. No entiendo nada de medicina: lo que me abatía era lo difícil que resultaba encontrar sus coadyuvantes. Cada nueva receta me tenía ocupado durante algún tiempo. Primero tenía que comprar la medicina, luego encontrar el coadyuvante. Nunca usaba ingredientes comunes, como dos rodajas de jengibre fresco, o diez hojas de bambú sin puntas. En el mejor de los casos eran raíces de caña y tenía que ir al río a arrancarlas. Y cuando se trató de caña de azúcar expuesta al hielo durante tres años, tuve que buscarla durante dos o tres días, por lo menos. Pero, cosa extraña, creo que mi búsqueda siempre se veía al fin coronada por el éxito.

Era opinión general que precisamente en esto radicaba su bondad. Hubo una vez un enfermo al que ninguna medicina lograba curar, pero cuando cayó en manos de cierto doctor Yeh Tien-shih, todo lo que el médico hizo fue agregar hojas del árbol del ave Fénix como coadyuvante de la vieja receta. Después de haber tomado una dosis, el enfermo se curó. Como entonces era otoño, y el árbol del Ave Fénix es el primero en

sentir la presencia del otoño, mientras todas las demás medicinas había fallado, el doctor Yeh podía ahora usar el espíritu del otoño para curar al paciente... Aunque esto no me resultaba claro, me sentí profundamente impresionado y comprendí que las medicinas eficaces deben ser difíciles de encontrar. Los que quieren ser inmortales deben incluso arriesgar la vida para internarse entre las montañas, a fin de recoger la hierba de la vida eterna.

Después de dos años de adiestramiento, poco a poco llegué a conocer al famoso clínico bastante bien. Es más, casi nos habíamos hecho amigos. La hidropesía de mi padre empezó a empeorar día a día, hasta que debió permanecer en cama, y poco a poco, perdí toda confianza en remedios como la caña de azúcar expuesta durante tres años al hielo, ni puse ya tanto celo en preparar los coadyuvantes. Un día, precisamente por ese entonces, cuando vino el médico, después de informarnos acerca de la enfermedad de mi padre, nos dijo muy francamente: "He aplicado todos mis conocimientos. Hay un señor Chen Lien-ho que sabe mucho más que yo. Les aconsejo consultarlo. Le escribiré una carta. La enfermedad, con todo, no es grave. Pero él puede curarla mucho más rápido..."

Todos lo lamentamos mucho, pero yo lo acompañé hasta la puerta con el mismo respeto de siempre. Cuando volví a entrar a la casa hallé a mi padre con un aspecto totalmente abatido; hablaba del asunto con todos y declaraba que probablemente no había esperanza para él. Como el médico lo había atendido durante dos años sin resultado y conocía al enfermo perfectamente bien, no podía dejar de sentirse embarazado ahora que habían llegado a una crisis. Ese era el motivo por el que había recomendado a otro, lavándose las manos del asunto. Pero ¿qué podían hacer? El hecho era que el único otro médico muy conocido en la ciudad era Chen Lien-ho. De modo que al día siguiente lo mandamos llamar.

La tarifa de Chen Lien-ho era también de un dólar con cuarenta, pero mientras la cara de nuestro primer doctor era regordeta y redonda, la de éste era regordeta y larga. Esta era la única gran diferencia entre ellos. También la manera de usar las medicinas era diferente. Las recetas de nuestro primer famoso doctor podía prepararlas una sola persona, pero ninguna persona sola podía afrontar las recetas del señor Chen, porque siempre incluían alguna píldora o polvos especiales, o algún coadyuvante muy especial.

Ni una sola vez usó raíces de cañas o caña de azúcar expuesta a tres años de hielo. A menudo se trataba de "un par de grillos", con una anotación al lado, en caracteres pequeños: "Debe ser una pareja original, de la misma cueva". Por lo que parece, hasta los insectos deben ser castos, si vuelven a casarse después de haber perdido su mitad, pierden también el derecho a ser usados como medicina.

Esta tarea, con todo, no presentaba ninguna dificultad para mí. En el Jardín de las Cien Plantas podía atrapar fácilmente diez parejas de grillos. Los ataba con un hilo, los sumergía vivos en la olla hirviendo y listo. Pero después venían las "diez bayas de pizarra". Nadie sabía qué podía ser. Pregunté en la farmacia, le pregunté a algunos campesinos, le pregunté al vendedor de hierbas medicinales, le pregunté a los viejos y a los intelectuales, le pregunté a un carpintero: pero todos se limitaron a sacudir la cabeza. Por último, recordé a aquel lejano tío abuelo, a ese viejo al que le gustaba cultivar flores y plantas, y me apresuré a interrogarlo. Naturalmente lo sabía: se trataba de un arbusto que crecía a los pies de los árboles, entre las montañas. Tenía pequeñas bayas rojas como granos de coral y era comúnmente conocido con el nombre de No-crece-nunca.

*¡Gastaste zapatos de hierro buscando  
lo que era tan fácil de encontrar!*

Ahora teníamos el coadyuvante, pero faltaba una píldora especial: pastillas de tambor roto. Las pastillas de tambor roto se hacían con el cuero de los tambores gastados. Como el sustantivo "hidropesía" en chino suena muy parecido a "tambor", es natural

que la piel de los tambores gastados pueda curar esa enfermedad. Kang Yi, de la dinastía Ching, que odiaba a los "diablos extranjeros", seguía el mismo principio cuando se preparaba para combatirlos adiestrando a un cuerpo de "ángeles tigres", porque los tigres son capaces de comer ovejas<sup>22</sup>, mientras que los ángeles podían someter a los diablos. Lamentablemente, había un solo negocio en la ciudad que vendía esa medicina milagrosa y quedaba a cinco li<sup>23</sup> de nuestra casa. Con todo, no era tan pesado como en el caso de la pizarra, que habíamos tenido que buscar a tientas. Después de redactar la receta el señor Chen Lien-ho me dio instrucciones precisas y detalladas sobre cómo conseguirla.

"Tengo una medicina —dijo una vez el señor Chen a mi padre— que, aplicada a la lengua le haría mucho bien, estoy seguro. Porque la lengua es el brote inteligente del corazón... Ni siquiera es cara, sólo cuesta dos dólares la caja..."

Mi padre lo pensó un poco, luego sacudió la cabeza.

"La curación actual parece poco eficaz —dijo el señor Chen otro día—, pienso que podemos preguntarle a un adivino si detrás de todo esto no hay algún espíritu vengativo... Un médico puede curar las enfermedades, pero no el destino, ¿no le parece? Claro, esto podría tener que ver con algo ocurrido en una existencia anterior..."

Mi padre lo meditó un poco, y luego sacudió la cabeza.

Los mejores médicos pueden resucitar a los muertos, como sabemos por los avisos publicitarios que leemos pasando delante de sus puertas. Pero ahora han hecho alguna concesión, porque los mismos clínicos admiten que: "Los médicos occidentales son mejores para la cirugía, mientras que los médicos chinos son mejores para la medicina interna". Pero no había ningún doctor de medicina occidental en S. por aquel entonces. Es más, nunca se le había ocurrido a nadie que en el mundo existiese algo como un médico occidental. De modo que cada vez que alguien se enfermaba, todo lo que podíamos hacer era dirigirnos a los directos descendientes del Emperador Amarillo y de Chi Po<sup>24</sup> para curarlo. En los tiempos del Emperador Amarillo, los brujos y los médicos eran la misma cosa; así, aún hoy, sus discípulos pueden ver fantasmas y creer que "la lengua es el brote inteligente del corazón". Este es el "destino" del chino que nadie, ni siquiera los clínicos famosos, es capaz de curar.

Si no quería aplicarse sobre la lengua el remedio eficaz, y si no estaba en condiciones de individualizar al espíritu vengativo al que había molestado, naturalmente a mi padre no le servía para nada tomar pastillas de tambor roto durante otro centenar de días. Las píldoras de tambor se demostraron incapaces de combatir la hidropesía y, al final mi padre yació jadeando en su cama. Invitamos al señor Chen Lien-ho a venir una vez más, una llamada urgente esta vez, que costaba diez dólares de plata. Una vez más escribió con calma una receta. Suspendió sin embargo las pastillas de tambor roto, y ni siquiera el coadyuvante prescrito fue demasiado misterioso. Así, en poco tiempo la medicina quedó lista. Pero cuando la echamos entre los labios de mi padre se escurrió por los ángulos de su boca.

Terminaron así mis relaciones con el señor Chen Lien-ho, pero a veces lo veía por la calle, llevado velozmente por tres hombres en su sólida silla de manos. Supe que goza todavía de buena salud, que sigue ejerciendo la profesión y que publica un diario sobre la medicina tradicional, llevando adelante una lucha contra los médicos educados de occidente, que no sirven para nada fuera de la cirugía.

Hay ciertamente una leve diferencia entre el modo de ver chino y el occidental. En China, cuando un hijo cariñoso sabe que el fin de sus padres se aproxima, compra

---

<sup>22</sup> El carácter chino que significa extranjero contiene entre sus signos al carácter que significa oveja, y ambas palabras tienen la misma pronunciación "yang".

<sup>23</sup> Un li equivale a 600 m. aproximadamente.

<sup>24</sup> El emperador Amarillo y Chi Po son personajes legendarios, considerados como los inventores de la medicina china. En China los más antiguos libros de medicina se les atribuyen a ellos.

varios kilos de ginseng<sup>25</sup>, los hace hervir y se los da con la esperanza de prolongarles la vida un día más, o hasta medio día. Uno de mis profesores, que enseñaba medicina, me dijo que el deber de un médico es curar a los que pueden curarse y tratar de que los incurables mueran sin sufrir.

La respiración de mi padre se hizo muy débil, hasta que incluso yo sólo con dificultad podía oírlo. Pero nadie podía ayudarlo. A veces se me cruzaba en la mente el pensamiento: "Mejor sería que todo acabara pronto...". De inmediato comprendía que no estaba bien que pensara cosas así, que era una maldad. Pero al mismo tiempo sentía que esta idea era justa, dado que amaba a mi padre tiernamente. Y todavía hoy pienso, siento lo mismo.

Esa mañana vino la señora Yen, que vivía en el mismo edificio. Era una autoridad en materia de etiqueta y nos dijo que no nos quedáramos allí esperando y sin hacer nada. Le cambiamos, pues, la ropa, quemamos monedas de papel y otra cosa que se llama *Kaowang Sutra*<sup>26</sup> y pusimos en sus manos el paquete con las cenizas ..

"¡Llámelo! —dijo la señora Yen—. Su padre está por exhalar el último aliento. ¡Llámelo pronto!"

"¡Padre! ¡Padre!", llamé según acababan de decirme.

"¡Más fuerte! No puede oír. Apúrese, ¿no le sale?"

Su cara, que se había compuesto, imprevistamente volvió a ponerse tensa. Alzó apenas los párpados, como si sufriese.

"¡Llámelo! —insistió ella— ¡Vamos, pronto, llámelo!"

"¡Padre!!!"

"¿Qué pasa... ? No griten... No..."

Su voz era baja, y de nuevo empezó el afán, pasó bastante tiempo antes de que retomara la calma de antes.

"¡Padre!!!"

Seguí llamándolo hasta que exhaló su último aliento.

Todavía puedo oír cómo resonaba mi voz entonces. Y cada vez que escucho esos gritos, siento que fueron la mayor injusticia que cometí con mi padre.

*7 de octubre de 1926.*

---

<sup>25</sup> Un afrodisíaco al que los chinos le atribuyen valor de panacea.

<sup>26</sup> Se creía que quemando este sutra se podían disminuir los tormentos de un hombre en el infierno. Se quemaban monedas de papel para que el muerto tuviese en el más allá dinero para gastar.

## PENSAMIENTOS ANSIOSOS SOBRE LOS "SENOS NATURALES"

El *Tiempo de Shun Tien* notifica que la señorita Ouyang Hsiao-lan, directora de la escuela de jóvenes ubicada en la calle Pitsai, de Pekín, prohibió que las jóvenes con cabellos cortos se presentaran al examen de admisión, de modo que muchas muchachas que usan ese peinado no pueden ir a la escuela. Así debía ser. La señorita no podía comportarse de otro modo. Pero, como las muchachas con pies normales todavía pueden presentarse al examen, considero que no todo es terrible. Incluso esto es ya demasiado "moderno".

Tanto los hombres como las mujeres sufren por culpa de sus mechones, esta antigua maldición, como se sabe por las crónicas escritas a partir de fines de la dinastía Ming. Yo sufrí mucho por el hecho de no tener la coleta a fines de la dinastía Ching, y por eso estoy en contra de las mujeres que se cortan el pelo. Las coletas fueron cortadas en Pekín por orden de Yuan Shih-ka; pero no se trató de una simple orden, necesitó el apoyo de las espadas. Si no, hasta hoy la ciudad estaría llena de coletas. Lo mismo vale para el pelo de las mujeres: sólo deberían cortarse por orden del emperador (o de su equivalente). Claro que incluso entonces mucha gente no estará de acuerdo, pero no osarán desobedecer. Al cabo de un año se habrán consolado y dos años después toda la sociedad considerará normal que las mujeres lleven el pelo corto. Entonces, las jóvenes con cabellos largos empezarán a preocuparse por sus probabilidades de ser admitidas en las escuelas. Nunca se introdujeron cambios sólo porque unos pocos individuos intentaron explicar las ventajas de los mismos.

De todos modos, existen personas influyentes que están a favor del pelo corto para las mujeres; pero, triste es decirlo, no se detienen durante mucho tiempo en un lugar. A viene y B se va; C viene y A se va. A A le gustan cortos, a C le gustan largos. A manda cortar los cabellos largos; C manda cortar las cabezas con cabellos cortos. Fueron años desgraciados para los jóvenes, especialmente para el sexo débil. El diario describía un distrito donde se había estimulado el uso del pelo corto; pero venía otro ejército y donde encontrarán a una mujer con el pelo cortado la desollaban lentamente y le cortaban los senos... Tales castigos demuestran que, mientras es generalmente reconocido que los hombres pueden llevar el pelo corto, las mujeres no pueden hacer lo mismo. Los senos se les cortaban para que de este modo las mujeres se parecieran más a los hombres, y para castigarlas por haber querido parecer hombres. A juzgar por esto, la señorita Ouyang Hsiao-lan, después de todo, no fue demasiado severa.

Este año, en Cantón, está prohibido a las estudiantes fajarse el pecho, bajo pena de una multa de cincuenta dólares. Los diarios lo llaman "movimiento por los senos naturales". Y algunos recuerdan que no tuvimos un Fan Tseng-hsiang<sup>27</sup> para redactar el texto de este reglamento, porque sin algunas expresiones como "tiernos como semillas de euriolo"<sup>28</sup>, los intelectuales no quedan satisfechos. No faltaron los acostumbrados artículos jocosos e hirientes en los diarios. Imagino que todo será siempre así.

Habitualmente, me preocupaba mucho pensar que las estudiantes chinas serán incapaces de amamantar a sus niños, y que toda familia tendrá que tomar un ama de leche. Pero es inútil oponerse a la moda de vendar los senos. Ante todo, debemos cambiar las ideas populares y tener menos inhibiciones respecto de los senos. En segundo lugar, debemos cambiar la manera de vestir de las jóvenes y dejarles usar blusas metidas dentro de las polleras. Porque, tanto las túnicas, como las chaquetas chinas, no se adaptan a la liberación de los senos, y hacen caer como bolsa la parte inferior del vestido, cosa ni cómoda ni elegante.

Otro problema importante es si tener el seno más abundante será imprevistamente considerado como un delito, o bien podrá excluir a una muchacha de la escuela. Antes

<sup>27</sup> Un funcionario de la dinastía Ching que escribió muchas poesías de amor.

<sup>28</sup> Cuenta una leyenda que el emperador Tang Ming Huang (712-755), parangonó los senos de su favorita con las semillas de euriolo.



de la fundación de la república china, sólo aquellos no clasificados dentro de las "cuatro categorías de ciudadanos"<sup>29</sup> estaban eximidos de los exámenes. Es lógico argumentar que si el pelo corto es un error, porque hace que las mujeres se parezcan a los hombres, el seno natural, que distingue mucho más a las mujeres de los hombres, debería considerarse meritorio. Pero muchas cosas de este mundo no dependen del raciocinio, sino del edicto de algún emperador o de la espada de algún señor guerrero.

De otro modo, a las mujeres culpables de llevar el pelo corto se añadirán las culpables de tener los senos naturales, incluso las culpables de tener los pies normales. El cuerpo femenino está formado por tantas partes que la vida es realmente muy dura para con las mujeres.

Si no nos interesan las reformas o el progreso, pero nos impulsa simplemente el hecho de no sentir molestias, aconsejo a las estudiantes que se queden con el pelo largo, el seno fajado y los pies semifajados (los llamados "pies civilizados", que primero fueron fajados y luego desfajados). Porque, si bien en todos los lugares por los que pasé durante mi viaje hacia el sur había diversas escuelas de pensamiento y diversas palabras de orden, nunca escuché una sola palabra contra este tipo de mujer.

*4 de septiembre de 1927,*

---

<sup>29</sup> Intelectuales, campesinos, artesanos y mercaderes. A personas como los actores o los ujieres se los consideraba demasiado bajas como para clasificarlas como ciudadanos.

## DE NUEVO HONG KONG

El 28 de septiembre pasé por tercera vez por Hong Kong, un lugar que me da miedo.

La primera vez tenía poco equipaje, pero no pasó nada. La segunda vez estaba sin equipaje y escribí algo sobre lo ocurrido. Esta vez, creo, me sentía más a disgusto que en las dos primeras ocasiones, porque había leído la carta del señor Wang Tu-ching en el *Mensual de la creación*, donde se describía cómo nuestros compañeros chinos al servicio de los ingleses hacen sentir su importancia cuando suben a la nave para examinar el equipaje de los pasajeros, insultando y pegándole a la gente, o pretendiendo de ellos algunos dólares. Yo tenía diez cajas de libros en el salón, y además seis valijas de libros y ropa en el camarote.

Claro que sería una experiencia ver cómo se comportaban mis compatriotas bajo la bandera británica, pero temía que resultase una experiencia costosa. Sólo el hecho de volver a guardar todo en las cajas luego de que las revisaran hubiera implicado la pérdida de un montón de tiempo. Si hubiera querido hacer el experimento habría debido llevar sólo una o dos valijas. Sin embargo, ya era demasiado tarde y sucedería lo que tenía que suceder. Pero, ¿qué era mejor, pagar o dejar que controlaran todas las cajas? Si las revisaban todas, ¿cómo podría volver a poner todo en su lugar yo solo?

La nave llegó a Hong Kong el 28, y ese día no pasó nada. A la tarde siguiente un camarero se abalanzó y con un gesto me invitó a seguirlo fuera del camarote.

"—¡La Aduana! —dijo— ¡Vaya a abrir sus valijas!"

Llevé las llaves al salón. Naturalmente, dos compatriotas británicos en uniforme verde oscuro estaban junto a mi pila de cajas, blandiendo mazas de hierro con puntas. Les dije que adentro sólo había libros usados, pero parecieron no entender. Pronunciaron de prisa una sola palabra: "¡Abra!".

"—Es justo —pensé—. ¿Cómo podrían confiar en la palabra de un extranjero?"

Era obvio que las cajas iban a ser abiertas, así que con la ayuda de un camarero las abrí.

Cuando empezaron a revisarlas me di cuenta de que los aduaneros de Hong Kong no eran como los de Cantón. A la partida de Cantón mi equipaje también había sido examinado. Pero los funcionarios tenían aspecto de seres humanos y entendían lo que yo decía. Después de haber sacado un paquete de papeles o de libros volvían a ponerlo en el mismo lugar, sin mezclar nada. Esa era la forma de examinar. Pero en Hong Kong, en el "paraíso británico", todo era muy diferente. Aquí los funcionarios de la Aduana, eran pálidos como fantasmas y no parecían entenderme. Vaciaron el contenido de una de las cajas y revisaron todo. En cuanto encontraban un paquete le arrancaban la sogá y el papel. Después de haber sufrido semejante trato, los libros superaban los bordes de la caja por unos 15 ó 18 centímetros.

Luego, le tocó el turno a la segunda caja.

"— ¡Ábrala!"

"— Tal vez pueda hacer un intento", pensé.

"— ¿Realmente debo abrirla?" —susurré a uno de ellos.

"— Déme diez dólares" —murmuró como respuesta. Por lo tanto me entendía.

"— Dos dólares".

No me hubiera importado pagar más, porque este tipo de control era terrible: rehacer diez cajas me hubiera llevado por lo menos cinco horas. Lamentablemente, sólo tenía dos billetes de un dólar. El resto de mi dinero eran billetes de diez dólares, pero todavía no tenía intención de separarme de ellos.

"— ¡Ábrala!"

Dos camareros transportaron la segunda caja hasta cubierta y ésta sufrió el mismo

procedimiento. Nuevamente una caja de libros se convirtió en una caja y medio, y muchos espesos fajos de papel fueron hechos pedazos. Mientras revisaba, negociamos. Llevé mi oferta a cinco, pero se negó a bajar de siete. Ya íbamos por la quinta caja y se había formado un círculo de personas que asistían a la diversión.

Como ese hombre había abierto la mitad de las cajas, pensé que lo mismo daba que las controlara todas. De modo que dejé de negociar y no se pronunció otra palabra más que "¡ábrala!". Pero parecía que mis dos compatriotas empezaban a perder interés, porque poco a poco dejaron de revolverlo todo y se limitaron a sacar de cada caja unos veinte o treinta libros, para luego volver a meterlos adentro y marcar la caja con el "visto". Un fajo de viejas cartas pareció despertar nuevamente su interés y excitar sus espíritus, pero luego de haber leído cuatro o cinco también las dejaron aparte. Creo que todavía abrieron otra caja, luego de lo cual abandonaron ese destrozo de libros y acabaron.

Vi que habían abierto ocho cajas, dos estaban intactas. Y esas dos cajas incólumes contenían libros de Fu-yuan, que llevaba a Shangai. Todos los míos estaban en un maldito desorden.

"Alguna gente nace parada, ¡y Fu-yuan es uno de ellos! —pensé—. En cuanto a mí, se nota en cambio que la mala suerte todavía no me abandonó. Y bueno...". Me agaché a rescatar alguno de los libros esparcidos, pero recién había recogido unos pocos cuando otro camarero me gritó desde la puerta: "¡Aduana en su camarote! ¡Vaya a abrir las valijas!".

Confiado la tarea de volver a meter mis libros en las cajas a los camareros del salón, volví corriendo al camarote. Era cierto, dos compatriotas británicos me esperaban. La ropa blanca de la litera había sido completamente desparramada y encima de ella habían puesto un banco. Apenas entré inspeccionaron mi portafolio. Pensé que querían ver mis tarjetas para saber mi nombre, pero en lugar de mirar las tarjetas miraron mis dos cheques de diez dólares; luego los repusieron en su lugar y me recomendaron que les prestara mucha atención, como si temieran que pudiese perderlos.

Luego abrieron mi valija, que estaba llena de ropa, y sólo sacaron una decena de trajes, que arrojaron sobre la cama. Examinaron mi cesta y hallaron siete dólares de plata envueltos en un trozo de papel. Luego de abrirlos y contarlos se quedaron en silencio. Había otro paquete con diez dólares, pero estaba más abajo y no lo vieron. Luego examinaron mi pañuelo, que estaba sobre un banco y en el que había un rollo de pequeñas monedas de plata por un total de diez dólares, cuatro o cinco dólares de plata y varias decenas de monedas de cobre. Luego de examinarlas, otra vez el silencio. Después llegaron a mi bolsa. Esta vez tuve mucho miedo. Entregué la llave con lentitud, pero, por suerte, justo en el momento en que mis compatriotas levantaban sus mazas de hierro para saltar la cerradura, les alcancé la llave. Respiré de nuevo. La bolsa también contenía ropas y no es necesario decir que ellas también fueron arrojadas de la misma manera.

"Denos diez dólares y no lo inspeccionaremos" dijo uno de mis compatriotas mientras examinaba la bolsa.

Puse algo de vuelto en monedas de plata en un pañuelo y se lo ofrecí, pero no quiso saber nada. Se dio vuelta y siguió revolviendo.

Ahora, una breve digresión. Mientras este compatriota examinaba la valija y la bolsa, el otro hacía lo mismo con mi red. Tenía un método distinto del usado para controlar los libros en la sala. Allá se limitaban a mezclar las cosas, pero éste las destruía. En primer lugar rompió la envoltura de cartón de una botella de aceite de hígado de bacalao y la arrojó al suelo; luego, con la maza de hierro agujereó la lata que contenía el té perfumado de *lichí*, que me regalara el señor Chiang Ching-san. Mientras trataba de hacer el agujero, su mirada cayó sobre un cuchillito posado sobre la mesa. Lo había comprado por poco dinero en la feria del Templo de la Dagoba Blanca, en Pekín, y llevado a Cantón, donde deshojaba carambolas. Más tarde lo medí; tenía 12 centímetros y medio, comprendido el mango. Sin embargo, dijo que era culpable de

una seria infracción.

"Esta es un arma peligrosa. Es una seria infracción". Y apuntó el cuchillito hacia mí.

Cuando vio que no le respondía, bajó el cuchillito e hizo un agujero en un paquete de semillas de maní saladas. Luego tomó una caja de incienso contra los mosquitos.

"— ¿Qué es?"

"— Incienso contra los mosquitos —dije—. ¿No ve el nombre en la caja?"

"— No. Parece sospechosa."

Sacó un palito de incienso y lo olió. No sé qué hizo después, porque el otro había terminado con una valija de ropa y quería que abriese otra. Estaba preocupado, porque la segunda valija no contenía ni ropa ni libros, sino fotografías, manuscritos, algunas traducciones mías de diez amigos míos y además recortes de noticias, material de consulta y otras menudencias. Hubiera sido terrible que los destruyera o los mezclara. Pero justo en ese momento el compatriota pasó a dar otra ojeada al pañuelo con el dinero. Entonces vi una salida y, osadamente, tomé las moneditas de plata del pañuelo —diez dólares en total— y se las mostré. Miró hacia afuera, extendió la mano para tomar el dinero, marcó la segunda valija y luego se acercó al otro compatriota. Debí hacerle una señal, pero, aunque resulte raro, no tomó el dinero, se limitó a meterlo debajo de mi almohada y salió.

Durante todo ese tiempo el otro compatriota apuñalaba cruelmente con su maza un frasco de bizcochos. Pensé que luego de haber recibido la señal se tranquilizaría, pero no. Continuó su trabajo hasta que logró abrir el frasco sellado, arrojó al suelo la tapa de madera y la partió en dos, tomó un bizcocho, lo desmenuzó, lo dejó caer otra vez en el frasco y finalmente se alejó.

Volvió a reinar la paz. En cuanto me senté en medio de ese lío en el camarote, comprendí que mis compatriotas no me habían producido todas esas molestias sólo por despecho. Aunque nos hubiéramos puesto de acuerdo enseguida en una cantidad, algún daño tenían que hacer, para salvar las apariencias: el caos demostraba que había habido control. ¿El señor Wang Tu-ching no notaba acaso que sobre esos compatriotas había un jefe blanco, un "nariz larga"? Por eso los funcionarios de la aduana miraban hacia afuera antes de tomar el dinero. Pero yo no había visto al jefe.

La última parte de la destrucción mostraba, sin embargo, cierto despecho. Imagino que la culpa había sido mía, por haberles dado monedas de plata en lugar de un cheque, dado que esas monedas abultarían en el bolsillo de un uniforme y el jefe las hubiera descubierto fácilmente. He aquí por qué habían tenido que dejarlas por el momento debajo de la almohada. Pero sin duda las irían a buscar una vez terminado el trabajo.

El sonido característico de los zapatos de cuero se acercó y cesó fuera de mi puerta. Miré para arriba y vi a un blanco, más bien gordo, el jefe de esos dos compatriotas, seguramente.

"— ¿Hecho el control?" —preguntó con aire tajante.

Sí, por cierto, esa era la voz del jefe. Pero si era tan obvio, ¿por qué preguntaba? Tal vez quería consolarme, al ver que mi equipaje estaba en particular desorden, o quizá se estaba riendo de mí.

Recogió un suplemento ilustrado de *La Prensa de China* que estaba fuera del camarote. Lo había usado como papel para envolver paquetes, pero mis compatriotas lo habían roto y arrojado allí. Después de apoyarse un momento en la pared para leer, se alejó lentamente.

Pensé que, como ya había pasado el jefe, la inspección debía de haber terminado, de modo que rehice la primera valija.

Pero me estaba apresurando. Vino otro compatriota y me dijo: "¡Ábrala!". Siguió este diálogo:

— Ya la vio —dije.

- ¿Quién la vio? Esta no está abierta. ¡Ábrala!  
— Acabo de volver a cerrarla.  
— No insista. ¡Ábrala!  
— ¿Este signo no demuestra acaso que ya fue controlada?  
— Ah, ¿de modo que le dio plata, eh? Corrupción  
— ...  
— ¿Cuánto le dio?  
— Vaya a preguntárselo a su banda.

Se fue. Pronto el otro se precipitó hacia adentro y tomó el dinero que estaba debajo de la almohada. Fue la última vez que lo vi. Recién entonces reinó la paz.

Lentamente, volví a embalar mis cosas. Vi algunos objetos sobre la mesa, un par de tijeras, un abre botellas y un cuchillito de mango de madera. Si no hubiera sido por los diez dólares en moneditas de plata esos objetos habrían sido considerados indudablemente como "armas peligrosas" y las habrían usado junto con el "sospechoso" incienso para asustarme. Pero la barrita de incienso había desaparecido.

Cuando la nave zarpó todo pareció más quieto. Un camarero vino a charlar conmigo, y me culpó por el saqueo a mi equipaje.

— Es usted muy flaco —explicó—. Sospechaban que era un traficante de opio.

Me quedé duro. Es cierto que la "vida humana es corta, pero el conocimiento infinito". Había imaginado que rivalizar por un tazón de arroz podía representar un golpe en la cabeza, pero que sería fácil rechazarlo. Sin embargo, el año pasado en Amoy aprendí que, si bien es difícil conseguir un tazón de arroz, su rechazo también molesta a los "intelectuales", los que entonces te critican por insubordinación. Hace mucho tiempo aprendí qué delicada tarea es dejarse crecer los bigotes, con las diferencias que existen entre los estilos chino y occidental. Pero este año en Cantón aprendí que hasta el color está restringido, porque alguien escribió al diario para que me advirtieran que no debía dejar que mis bigotes se pusieran grises o rojos. Y respecto de la prohibición de la flacura recién la aprendí después de haber estado en Hong Kong, antes ni siquiera hubiera podido imaginarla.

Claro que el occidental que regenteaba a mis compatriotas en la Aduana estaba muy bien comido.

Aunque Hong Kong es nada más que una isla, ofrece un cuadro verídico de muchos lugares de la China de hoy y del futuro. En el centro viven unos pocos patrones extranjeros, con algunos "chinos de clase alta" que están por debajo de ellos para alabar sus virtudes, y algunos compatriotas con alma de esclavos que les hacen de lacayos. Todos los demás son "indígenas", que sufren en silencio. Los que se someten mueren en las concesiones extranjeras, mientras que los que no se someten se refugian entre impenetrables montañas, como los Mao y los Yao<sup>30</sup> hicieron hace ya tanto tiempo.

*En alta mar, la noche del 29 de septiembre de 1927*

---

<sup>30</sup> Minorías nacionales echadas de China central a las montañas del sudoeste.

### ¿CUAL ES EL SECRETO PARA ESCRIBIR BIEN? <sup>31</sup>

Querido señor:

Hubiera debido dirigir la pregunta a los escritores americanos o a los profesores chinos de Shanghai, cuyas cabezas están llenas de "reglas para escribir" y del "arte de hacer novelas". Aunque yo escribí alrededor de veinte cuentos, nunca tuve una idea fija sobre los argumentos; igualmente sé hablar el chino, pero nunca podría escribir una *Introducción a la gramática china*. Pero como usted me ha hecho el honor de consultarme, he aquí algunos puntos extraídos de mi experiencia:

- 1) Observar con interés cada cosa y tratar de ver todo cuanto sea posible. No escribir cuando apenas se ha visto un poco.
- 2) No esforzarse por escribir cuando no se tienen ganas.
- 3) No elegir modelos determinados para los personajes, hay que buscarlos entre todo lo que se ha visto.
- 4) Relean su cuento por lo menos dos veces luego de haberlo terminado, y corten sin piedad todas las palabras, las frases y las partes que no sean esenciales: es mejor comprimir la materia de un cuento en un esbozo, que dilatar la materia de un esbozo en un cuento.
- 5) Leer cuentos extranjeros, especialmente los de Europa Occidental o Septentrional, e incluso obras japonesas.
- 6) No inventar adjetivos ni frases que otros no puedan entender.
- 7) No dar crédito a ningún argumento sobre las "reglas para escribir".
- 8) No confiar en los "críticos literarios" chinos, pero leer las obras de críticos extranjeros que inspiren confianza.

Esto es todo cuanto puedo decir sobre el tema. Le envío mis saludos.

27 de diciembre de 1931

---

<sup>31</sup> Carta publicada en la revista *El entrometido*.

## ENCUENTRO CON SHAW Y CON QUIENES LO ENCONTRARON

Shaw me gusta. Lo admiré y empezó a gustarme, no a través de sus obras o de su vida, sino simplemente por algunos epigramas que leí o porque me dijeron que siempre le arranca la máscara a los caballeros. Por eso me gustó. Otra razón es que China sigue produciendo hombres que tratan de parecerse a los caballeros occidentales como monos, y a la mayor parte de ellos no les gusta Shaw. Las cosas me llevan a creer que un hombre que no les gusta a los hombres que no me gustan a mí, es un hombre de bien.

Para la vigilia de la visita de Shaw a China yo no tenía intención de buscarlo.

La tarde del 16, el señor Kanzo Uchiyama<sup>32</sup> me mostró un telegrama de la casa editora Reforma y me preguntó si iba a visitar a Shaw. Decidí que si deseaban que lo viera iría.

La mañana del 17 Shaw había desembarcado de Shangai, pero nadie sabía dónde se había escondido. Pasaron varias horas, parecía que no íbamos a verlo. Pero inmediatamente después de mediodía recibí una esquila del señor Tsai Yuan-pei, en la que me advertía que Shaw estaba almorzando en casa de la señora Sun<sup>33</sup> y que debía ir allí inmediatamente.

De modo que me abalancé hacia la casa de la señora Sun. Al entrar en la pequeña habitación junto a la sala, vi a Shaw, sentado en el lugar de honor de una mesa redonda, comiendo junto con otros cinco comensales. Como había visto su fotografía y oído decir que era un hombre de fama mundial, me di cuenta de golpe de la presencia de un gran escritor, aunque en realidad no tenía pruebas. Me emocionó incluso el hecho de que con su barba blanca como la nieve, el color sano y la expresión jovial, hubiera podido ser un modelo de primera para un pintor.

Estaban en la mitad del almuerzo, un simple almuerzo vegetariano. Un diario ruso blanco había predicho que seguramente iba a haber una legión de servidores, pero sólo había un cocinero.

Shaw no comía mucho, a menos de que hubiese comido mucho antes del almuerzo. En un momento dado empezó a usar los palitos, pero muy desmañadamente: no lograba atrapar nada. Lo admirable fue que, poco a poco, empezó a adquirir práctica, hasta que logró aferrar algo con mucha firmeza. Entonces miró alrededor para ver si los demás habían notado su éxito, pero nadie le había hecho caso.

Shaw en la mesa no me impresionó en lo más mínimo como maestro de la sátira. Y no dijo nada insólito. Por ejemplo, acotó entre otras cosas que los amigos son lo mejor que existe, porque siempre es posible estar en contacto con ellos, mientras que nadie elige a sus propios padres, ni a los hermanos, razón por la cual hay que dejarlos.

En cuanto el almuerzo terminó sacaron tres fotografías. Dado que estábamos al lado, me sentí pequeñísimo. Y pensé: "Hace treinta años debí hacer gimnasia para crecer..."

A las dos había una recepción en el Pen Club y fui con ellos en automóvil hasta el enorme edificio de estilo occidental llamado Colegio Mundial. Arriba había unas cincuenta personas reunidas: los escritores nacionales, las estrellas de la sociedad, los magnates del teatro y otra gente por el estilo. Nos rodearon y bombardearon a Shaw a preguntas, como si fuese la *Enciclopedia Británica*.

Shaw pronunció un breve discurso. Como esos señores eran todos hombres de letras, dijo, lo sabían todo acerca de espectáculos de ese tipo. Los actores, que también eran del oficio, debían comprender algunas cosas mejor que un simple escritor como él. No había realmente nada más que decir. En suma, ese encuentro era como una visita al zoológico. Ahora el animal ya había sido visto, era suficiente...

Todos estallaron en risas, tomando sin duda sus palabras como una sátira.

---

<sup>32</sup> El director de una librería japonesa en Shangai.

<sup>33</sup> Soong Ching Ling, la viuda del presidente Sun Yat-sem.

El doctor Mei Lan-fang y algunas otras celebridades hicieron también preguntas que Shaw respondió, pero podemos obviarlas. Luego hubo una ceremonia, en la que se le ofrecieron regalos. Estos le fueron presentados por el señor Shao Hsun-mei, renombrado por su belleza varonil. Los regalos consistían en una caja de pequeñas máscaras de creta, como las del teatro clásico; otro regalo fue un traje de teatro, pero no pude verlo porque estaba envuelto. Shaw aceptó los regalos con placer. Según un artículo publicado más tarde por el señor Chang Jo-ku, Shaw hizo un par de preguntas y el señor Chang las respondió de manera satírica. Pero lamentablemente Shaw no lo oyó, ni yo tampoco.

Cuando alguien le preguntó por qué era vegetariano, ya había muchos fotógrafos presentes y, pensando en que mi cigarrillo estaba fuera de lugar, me fui a otra habitación.

A las tres volvimos a la casa de la señora Sun para una entrevista con algunos periodistas. Esperaban allí unas cuarenta o cincuenta personas, pero sólo permitieron entrar a la mitad. El primero en hacerlo fue el señor Tsuyoshi Kimura; luego cuatro o cinco literatos, media docena de cronistas chinos, un inglés y un ruso blanco, y tres o cuatro fotógrafos.

Sobre el jardín de la parte posterior de la casa la prensa formó un semicírculo alrededor de Shaw y, como sucedáneo de un crucero alrededor del mundo, ofreció una exposición a los periodistas. Una vez más fue bombardeado a preguntas como si fuese la *Enciclopedia Británica*.

No parecía estar en vena para hablar. Pero los periodistas no lo pensaban dejar ir así no más, de modo que habló. En cuanto empezó a extenderse, dejaron de tomar apuntes tan precisos.

Pensé: "Shaw no puede ser realmente un maestro de la sátira desde el momento en que habla tanto".

El examen siguió hasta las cuatro y media, y como Shaw parecía cansadísimo, volví con el señor Kimura a la librería Uchiyama.

Al día siguiente los diarios resultaron infinitamente más sorprendentes que la conversación del señor Shaw. Ofrecían informes totalmente diferentes de la misma cosa, dicha en el mismo momento y en el mismo lugar. Evidentemente, las interpretaciones del inglés variaban según cada escucha. Por ejemplo, sobre la cuestión del gobierno chino, el Shaw de la prensa inglesa decía que los chinos deben elegir por sí mismos a los gobernantes que admiran. El Shaw de la prensa japonesa decía que hay muchos gobiernos chinos. El Shaw de la prensa china decía que ningún buen gobierno puede conquistar el corazón del pueblo.

A juzgar por esto, Shaw no es un autor de sátiras sino un espejo.

Pero la mayor parte de los comentarios sobre Shaw eran desfavorables. Cada cual había ido para escuchar una sátira que lo entretuviera y que le conviniese, pero habían escuchado una sátira fastidiosa, que los había ofendido. Así, todos se sirvieron de la sátira para humillar a Shaw, afirmando que lo único que sabía hacer era contar chistes.

En esta contienda de sátiras, creo que la de Shaw es la más fuerte.

No le hice ninguna pregunta, ni él me formuló ninguna. No me di cuenta de que el señor Kimura me había pedido que escribiera mis impresiones. He leído a menudo impresiones escritas como si el corazón del personaje se hubiera desnudado en presencia del que escribe, y admiro realmente tanta perspicacia. En mi caso, lamentablemente, ni siquiera se me ocurrió consultar un manual de fisonomías. De modo que, a pesar de haber visto a un hombre célebre, si me piden que saque de ello un río de impresiones me seco muy rápidamente. No obstante, como el pedido recorrió todo el camino de Tokio a Shanghai, lo menos que puedo hacer es enviar estas pocas notas a manera de respuesta.



*La noche del 23 de febrero de 1933.*

## HISTORIA MODERNA

Por lo que puedo recordar, en todas las ciudades que visité quienes usan las plazas son los saltimbanquis y los actores de la legua.

En general, sólo presentan dos tipos de espectáculos.

En el primero, muestran a una mona con máscara y vestidos que blande una espada o una lanza y da algunas vueltas montada sobre una cabra. O bien un oso, alimentado a caldos magros hasta quedar convertido en piel y hueso, realiza algún número. Al final hacen la colecta.

En el otro tipo de espectáculo, ponen una piedra en una caja vacía, la anudan muchas veces dentro de un enorme pañuelo, y finalmente sale una paloma blanca. O bien un saltimbanqui se llena la boca de papel, le enciende fuego y saca llamas por la boca y por la nariz. Luego de lo cual viene la colecta. Al recoger el dinero, uno de los actores lamenta que sea tan poco y se niega a continuar, mientras el otro trata de persuadirlo y le pide al público otras cinco monedas. Entonces, claro está, alguien da una, y él pide otras cuatro, otras tres...

Una vez que han logrado reunir bastante, empieza otro número. Esta vez ponen a un niño en un tonel de boca tan estrecha que sólo puede verse un mechoncito de pelo de su cabeza. Para que lo saquen de allí hay que pagar. Una vez que reunieron bastante, uno de los actores mata al muchacho de un modo u otro, lo cubre con una sábana y lo deja allí, tieso y rígido. Para que lo devuelvan a la vida hay que pagar.

"— En casa pensamos en nuestros padres. Lejos pensamos en nuestros amigos... ¡Viva! ¡Viva!" grita el saltimbanqui con voz grave y triste, haciendo de cuenta que va a dejar caer las monedas.

Maldice a los otros niños si se acercan para ver mejor. Si no prestan atención, les pega.

No es necesario decir que mucha gente les da dinero. Cuando tienen más o menos lo que esperaban, los trotamundos recogen las monedas y sus cosas. El muchacho muerto se pone de pie de un salto y se va con ellos.

Los espectadores también se dispersan, con aire atontado. La plaza queda nuevamente tranquila durante un rato, pero de pronto el espectáculo empieza de nuevo. Según el proverbio: *Todos pueden hacer trucos, pero no todos los trucos son iguales*. En efecto, durante muchos, muchísimos años han sido iguales y, con todo, siempre hay gente dispuesta a mirar y a pagar. Pero deben tener algunos días de descanso.

Esto es todo cuanto tengo que decir, y es bastante poco: precisamente porque una vez que todos pagaron hay algunos días de descanso antes de que la misma cosa se reanude.

Ahora comprendo que me equivoqué con el título. Esto en realidad no es ni chicha ni limonada.

1 de abril de 1933

## EXPERIENCIA

Es un hecho que parte de la experiencia que nos legaron los antiguos es sumamente valiosa, dado que costó muchas vidas y como gran valor pasó a la posteridad.

Hojeando las páginas de *Material médico*<sup>34</sup> no pude sustraerme a esa impresión. Libro notable, es ciertamente una mina de sabiduría. Claro está que algunos de sus términos son inevitablemente fantásticos; sin embargo, la eficacia de la mayor parte de estos remedios sólo podía conocerse a fondo luego de un largo proceso de prueba y error. Asombran sobre todo las noticias acerca de los venenos. Ha sido siempre nuestra costumbre adular a los sabios del pasado y considerar que todos los remedios habían sido descubiertos por cierto emperador llamado Shen Nung<sup>35</sup>, que probó setenta y dos venenos en un solo día, pero no murió porque poseía los antidotos de todos ellos. Pero ciertas leyendas han perdido dominio sobre el corazón de los hombres. Ahora, la mayoría sabe que todas las cosas fueron descubiertas poco a poco por hombres cuyos nombres se perdieron. Esto es cierto para la arquitectura, para la cocina, para la pesca, para la caza y para la zootecnia: y la medicina no es una excepción. Si se piensa en ello es algo enorme. Sin duda, cuando los hombres del pasado se enfermaron por primera vez probaron un poco de esto y de aquello, murieron al comer un veneno, no tuvieron mejoría al comer algo incorrecto, y se curaron al comer la sustancia exacta, después de lo cual supieron cuál era la curación para determinada enfermedad. El saber conquistado de ese modo fue al principio someramente anotado; luego, poco a poco creció en gruesos volúmenes como *Material médico*.

Si se considera que los términos de esta obra no pertenecen sólo a la China, sino que comprenden la experiencia de los árabes y los hindúes, podemos imaginar cuántas vidas se perdieron cuando estos remedios fueron probados por primera vez.

Sin embargo, a veces el resultado de la experiencia de muchos hombres es negativo, como en el caso del proverbio que dice: "Barre la nieve delante de tu puerta y no te preocupes del hielo en el techo del vecino". A menos de que uno sea muy, pero muy prudente, cuando se trata de ayudar a otros es muy fácil que resultemos difamados; esta otra estrofa resume el resultado de una experiencia sumamente desafortunada:

*Es muy fácil ir a la cárcel;  
¡si no tienes razón ni dinero, mantente lejos!*

Así, si algo no le atañe directamente, cada uno debe cuidarse mucho de entrometerse. Imagino que en los tiempos antiguos los hombres no estaban tan endurecidos. Pero cuando los animales se superaron y muchos perdieron la vida por haberse metido, la gente prefirió, naturalmente, actuar de este modo. Por eso en China, sobre todo en las ciudades, si alguien se siente mal por la calle o resulta herido al darse vuelta un carruaje, muchos espectadores se aglomeran alrededor, gozando incluso del espectáculo, pero poquísimos le ofrecen ayuda. Esta es una de las desventajas de las malas experiencias.

En resumen, la experiencia, sea buena o mala, siempre se adquiere a un alto precio. Hasta la experiencia más pequeña puede salir carísima. Recientemente, por ejemplo, algunos lectores de diarios dejaron de prestar atención a las declaraciones, los telegramas, los discursos o los comentarios, por más elocuentes o pomposos que fueran.

Pueden ir incluso más allá y tomar algunas cosas en broma. No son tan importantes como: "Primero se inventó el lenguaje, luego los vestidos"<sup>36</sup>. Pero este mito de la

<sup>34</sup> Farmacopea en cincuenta y dos volúmenes, obra de Li Shih-chen (1518-1593).

<sup>35</sup> Emperador legendario al que se le atribuyen muchas invenciones.

<sup>36</sup> Citado de *El clásico de los mil caracteres*.

experiencia nos costó buena parte del territorio, muchas vidas humanas y muchos bienes.

No nuestra vida, ciertamente. De haberla perdido no tendríamos experiencia. Precisamente porque sólo los vivos pueden poseer experiencia, no me dejo engañar por quienes se mofan de mi miedo a la muerte, y no me suicidaré, ni arriesgaré mi cabeza. Por eso también escribo estas cosas. Porque este también es un minúsculo fruto de la experiencia.

*12 de junio de 1933*

## VIVIR DE EXPEDIENTES

La expresión de Shangai "uno que se las arregla" se traduce en buen chino como "uno que sabe vivir". En cuanto a "vivir de expedientes", debería ser más fácil de entender por los profanos que traducido a la expresión clásica: "Todo lo que va al molino del haragán es grano para moler".

¡Es extraño que perder tiempo sea un sistema de vida! Sin embargo, si le preguntan a un hombre de Shangai, o interrogan a una mujer acerca de la profesión de su marido, es posible que les contesten: "Vive de expedientes".

Y el hombre que pregunta no se sorprende, o no más que si la respuesta fuera "enseña" o "trabaja en una fábrica". Si le respuesta fuese "está desocupado" entonces comenzaría a preocuparse.

Vivir de expedientes en Shangai es absolutamente respetable.

Casi todas las noticias que leemos en los diarios de Shangai tratan sobre el trabajo de gente de este tipo. Sin ellos, la crónica local no sería tan variada. Con todo, no obstante el vasto campo de sus proezas, sus métodos son tres, pero parecen muchísimos porque no los usan a todos de una vez.

El primero es el embuste. Tentar a los que están ávidos de dinero, fingirse doloridos por los que tienen algo en el estómago, dar muestras de generosidad hacia los que andan en problemas, y contarles una historia de mal agüero a los generosos. Así se puede esquilmar a los demás mortales.

El segundo método es la extorsión. Si el embuste no surte efecto o se descubre, pone cara de enojo y empieza a amenazar. Acusa al otro de mala educación o de difamarte, di que te debe dinero, o no des ninguna razón; esto también se considera 'discurrir con él'. Y así también puedes esquilmarlo.

El tercer método es desaparecer. Cuando uno o ambos métodos arriba mencionados demostraron tener éxito, vete ligero como el viento y no dejes rastro alguno detrás de ti. Incluso en el caso de no tener éxito, vete como el viento, sin dejar rastros. Si el asunto es serio, abandona el distrito y escóndete durante un tiempo, hasta que el lío se haya olvidado.

Todos saben que esta profesión existe, y sin embargo nadie se escandaliza.

Cuando los hombres logran vivir de expedientes, los que trabajan, naturalmente, se mueren de hambre. Todos lo saben, y sin embargo nadie se escandaliza.

Pero los que viven de expedientes tienen algunas cualidades admirables: admiten con toda franqueza que "viven de expedientes".

*28 de junio de 1933*

## CRISIS DEL ENSAYO

Hace un mes, aproximadamente, creo haber leído en un diario una necrológica en la que se decía que el muerto había sido un conocido coleccionista de bagatelas y concluía expresando el temor de que con su muerte desaparecieran de China todos los coleccionistas de este tipo. Lamentablemente, en su momento no le presté la debida atención, de modo que olvidé, tanto el nombre del diario, como el del coleccionista.

Muchos jóvenes de hoy tal vez no sepan exactamente qué significa "bagatela". Pero los que provienen de viejas familias, los que cuentan con intelectuales aficionados entre sus antepasados y no estén en decadencia ni hayan vendido al ropavejero el ajuar de la herencia por considerarlo inútil, pueden encontrar entre las cosas viejas y llenas de polvo un pequeñísimo espejo con su pedestal, una roca de forma curiosa, figuritas talladas en bambú, animales esculpidos en jade antiguo, o sapos de tres patas con una papita verde. Estas son bagatelas. En épocas en las que ciertos objetos tenían un lugar de honor en el escritorio, cada uno tenía su espléndido título. El sapo de tres patas, por ejemplo, podía ser llamado "Sapo en el tintero de la Luna". El último coleccionista ciertamente conocía estos nombres, pero hoy han desaparecido junto con la gloria de los objetos que adornaban.

Claro que las bagatelas no eran para los pobres, pero tampoco se exhiben en las casas de los altos funcionarios, ni de los millonarios, a los que les gustan los jardines en miniatura de perlas y de jade, o la porcelana policroma. Las bagatelas eran, simplemente, un "refinado pasatiempo" de los literatos que poseían, por lo menos, una decena de acres de tierra fértil en el campo, o bastantes salas de estudio tranquilas y de buen gusto en sus casas. Incluso cuando un intelectual se trasladaba a Shangai debía vivir en relativa comodidad. Tenía que tener una habitación reservada por tiempo indefinido en el hotel, con un escritorio y un sofá para fumar opio, y una vez que había fumado hasta cansarse y se sentía en paz, acariciaba sus bagatelas y se complacía con ellas. Pero actualmente todo esto se fue a pique en la oleada perversa de los sucesos mundiales, como un bote en un mar enfurecido.

Con todo, incluso en "tiempos de paz y prosperidad" las bagatelas nunca tuvieron verdadera importancia. Un pedazo de marfil de dos centímetros cuadrados en los que estaba inciso el *Prefacio del Pabellón de las orquídeas* todavía se considera como una "obra de arte", pero si lo colgáis de la Gran Muralla o lo colocáis a los pies de uno de los Budas de Yunkang, de más de cinco metros de altura, ni siquiera se ve, de tan pequeño; e incluso si los entusiastas lo señalan, se lo ve simplemente ridículo. Por lo demás, ahora que el viento y la arena azotan nuestros rostros, y los lobos y los tigres abundan, ¿quién tiene tiempo para apreciar los colgantes de ámbar de un abanico o un anillo de jade? Para complacer al ojo los hombres necesitan enormes edificios que sobresalgan del viento y la arena: solidez y grandeza, no acabados elegantes. Como satisfacción, quieren espadas y lanzas: la agudeza y la forma, no la elegancia. En arte, el pedido de bagatelas se hizo trizas, como un Sueño, tal como el autor de aquella necrológica sabía perfectamente. Pero el pedido de ensayos o de artículos breves —las bagatelas de la literatura— sigue en continuo aumento. Los que los piden piensan que van a poder refinar y pulir los corazones toscos por medio de dulces reproches ó gentiles lamentos. Así, quieren que los hombres se pierdan completamente en los *Ensayos escogidos de las Seis Dinastías* hasta olvidar, enganchados a un árbol del que sólo la cima sobresale, la inundación. Pero lo que ahora necesitamos es luchar y combatir.

Y que sigan existiendo ensayos y artículos breves depende únicamente de la lucha y del combate. Los "discursos ociosos" de la dinastía Tsin cesaron junto con ese régimen. A fines de la dinastía Tang la poesía degeneró, pero volvieron a florecer las breves composiciones en prosa. Sin embargo, las *Traducciones* de Lo Yin son casi exclusivamente inyectivas desdeñosas. Y mientras Pi Jih-hsiu y Li Kuei-meng se consideraban eremitas, y así los llamaban los demás, si leemos los ensayos de sus cosechas, lejos de haber olvidado el mundo, son como puntos luminosos y como

cabezas de lanza en un montón de basura. Si bien los ensayos de la dinastía Ming son más bien decadentes, están enteramente dedicados al viento y a la luna, contienen resentimiento, sátira, ataques y destrucción. Este tipo de escritos molestó a los gobernantes Manchú y a sus ministros en carne viva, recibió golpes de espada por parte de muchos generales ayudantes de los tiranos y golpes de pluma por parte de muchos intelectuales colaboracionistas, antes de que lo aplastaran finalmente durante el reinado de Chien Lung. Después de lo cual, siguieron las bagatelas.

Naturalmente, las bagatelas no podían ir demasiado lejos. Pero durante el movimiento del Cuatro de mayo se desarrollaron; entonces, las breves composiciones en prosa tuvieron más éxito que las novelas, las comedias o la poesía. Claro que contenían motivos de lucha o de combate, pero como a menudo fueron tomados como modelos los ensayos ingleses, en ellas había también un poco de humor y de dignidad. A veces el estilo era rebuscado e incluso bien construido, para demostrarle a la vieja literatura que lo que había sido considerado como su monopolio podía muy bien usarse en los escritos en lengua vulgar. Luego, el camino hacia adelante implicó obviamente una lucha y un combate más ásperos, dado que se fundaban en la "revolución literaria" y en la "revolución ideológica". La tendencia actual, con todo, consiste en estimular las características comunes con los ensayos antiguos —tolerancia, elegancia, preciosismo—, con el objeto de obtener bagatelas que sirvan para discriminar a los intelectuales. Se espera, por otra parte, que si los jóvenes aprenden a apreciar estas bagatelas su crudeza se trocará en elegancia.

Pero hoy ya no existen grandes escritorios. Y aunque el opio se vende abiertamente, las pipas para opio están prohibidas, de modo que fumar es absolutamente difícil. Esperar que los habitantes de las áreas donde se combate o de las zonas de carestía aprecien las bagatelas literarias es, como todos saben, una ilusión aún más extraña. Aunque este tipo de escritos esté actualmente tan de moda en Shanghai, donde las habladerías de las salas de té o de las hosterías llenan los pequeños diarios, sus autores están en cambio en las mismas dificultades que las mujercitas que ya no ejercen en casa su trabajo, pero están obligadas a empolvase y pintarse para luego taconear de noche a lo largo de las calles principales.

Así hemos llegado a una crisis de la ensayística. Pero uso la palabra crisis en su acepción médica, como la encrucijada entre la vida y la muerte, que puede llevar derecho a la muerte o a la curación. Las obras que administran opio perecerán junto con las que suministran o toman narcóticos. Los ensayos capaces de vivir deben ser como espadas o dardos que, junto con los lectores, puedan labrar a precio de sangre el sendero hacia una vida nueva. Indudablemente, pueden proporcionar placer o distensión, pero no son bagatelas, y mucho menos consuelo de opiómanos. El placer y la distensión que producen son una forma de sostén, una preparación para el cansancio y el combate.

*27 de agosto de 1933,*

## **BEBIENDO TÉ**

Cuando en cierta tienda importante hubo una liquidación, fui a comprar dos onzas de té seleccionado, de ese de veinte centavos la onza. Por empezar, hice hervir una cacerola entera y lo envolví en una bolsa acolchada para mantenerlo caliente. Pero cuando, con el debido respeto, bebí el té, lo hallé muy parecido al té de calidad ordinaria. También estaba turbio.

Comprendí que el error había sido mío. Un buen té se bebe en una taza con tapa. Así lo hice la vez siguiente. Y, en realidad, después de hervir el té de ese modo, estaba límpido y dulce, apenas perfumado, y todavía ligeramente amargo. Sí, era un buen té, en efecto. Pero hacía falta tranquilidad y tiempo para hacerlo, y como estaba ocupado en escribir *Vivir en la religión*, cuando alcé la taza para beber, el aroma de algún modo se había perdido otra vez, y otra vez el sabor era idéntico al del té común.

Tener buen té y poder apreciarlo es uno de los "placeres refinados". Pero para gozar de estas cosas hace falta tener tiempo y un paladar ejercitado, de conocedor. Juzgando a través de esta pequeña experiencia, imagino que cuando un hombre que hace trabajos pesados tiene sed, aunque le ofrezcan las seleccionadísimas hojas "Pozo del dragón" o las de "Orquídea perlada"<sup>37</sup> no las hallará muy diferentes del agua caliente. Lo mismo se verifica para "aburrimento otoñal". Las almas sensibles y los literatos pueden decir: "¡Ah, qué aburrimento otoñal!" Viento y lluvia, nubes y cielos serenos penetran en el corazón, y en esto consiste uno de sus "placeres refinados". Pero los viejos campesinos saben simplemente que durante esta estación se recoge el arroz.

Así, a veces se da por descontado que una sensibilidad tan refinada no es para los hombres comunes, sino un signo distintivo de la élite aristocrática. Temo que esto signifique que ese signo distintivo se está escurriendo. Mientras la sensibilidad al dolor nos hace sufrir, también nos permite guardarnos del peligro. Un hombre privado de esto no podría hacer nada aunque lo apuñalaran por la espalda, y no entendería lo que le pasó ni siquiera después de haber perdido toda su sangre y haber quedado sin fuerzas. Si esa sensibilidad está tan desarrollada, no sólo advertirá hasta una pequeña espina a través de la ropa, sino hasta la costura de sus trajes y la tela con la que fueron hechos. Entonces, a menos de que se ponga "un traje divino sin costuras", sentirá que lo pinchan por todas partes y la vida se le hará absolutamente insoportable. Naturalmente, ¡esto no se refiere a los que simplemente posan de hipersensibles!

Los sentimientos refinados y agudos son, obviamente, los más avanzados de la torpe cerrazón, pero deben estar al servicio de la evolución. Si no lo hacen, o directamente la obstaculizan, se trata de aberraciones que muy pronto desaparecerán. Si parangonamos a ciertos elegantes caballeros, con sus refinados placeres y su aburrimento otoñal, con los seres toscos, vestidos con trapos, que se nutren con alimentos ordinarios, queda perfectamente en claro quién sobrevivirá entre unos y otros. Por eso, mientras bebo mi té y miro el cielo otoñal pienso que, al fin de cuentas, es una ventaja que no sea capaz de apreciar un buen té y que no me aburra en otoño.

1933.

---

<sup>37</sup> Dos de las mejores marcas de té.



## SOBRE LA EMANCIPACION FEMENINA

Confucio dijo: "Sólo las mujeres y los hombres de las clases humildes son difíciles de tratar. Si dejáis que se os acerquen, os faltan al respeto. Si los mantenéis a distancia, se ponen trompudos". Aquí a las mujeres y los hombres de las clases humildes se los toma en bloque, pero me pregunto si Confucio incluía o no en esta definición a su madre. Los confucianistas más ortodoxos, más tarde, trataron siempre a sus madres con cierto respeto, por lo menos superficialmente. Pero aun así, en China, las mujeres son madres despreciadas por todos los hombres que no sean sus hijos.

Después de la revolución de 1911, en un intento por tener su parte en el poder político, la célebre señorita Shen Pei-chen<sup>38</sup> tiró al suelo de una patada a un enorme policía delante de la puerta del Parlamento. Personalmente, sospecho que el policía se cayó solo, y que si uno de nosotros, hombres, le hubiese dado una patada, nos la hubiera contestado con un montón de patadas. Pero esta es una de las ventajas de ser mujer. Hoy, muchas señoras casadas pueden también codearse con personajes importantes y fotografiarse con ellos en el muelle de un puerto o en una sala de reuniones. O bien pueden ir hacia un barco o un aeroplano listos para el primer viaje, y romper sobre ellos una botella de champagne (esto, quizás, es prerrogativa de las mujeres solteras; no conozco bien los particulares). Esta es otra ventaja de ser mujer. Fuera de ello, hay muchas nuevas profesiones. No hablo de la mano de obra para las fábricas, que los propietarios prefieren tomar porque les pagan menos y hacen las cosas como ellos quieren. En otras partes, sin duda porque son mujeres, y aunque las llamen "jarrón de flores", vemos a menudo apreciables avisos como: "Todo el servicio está a cargo de mujeres". Si los hombres quisieran elevarse de pronto a estas alturas vertiginosas, no sería suficiente que den absoluta garantía de su sexo masculino: por lo menos tendrían que transformarse en perros.

Estos son los resultados del período del Cuatro de mayo y de la campaña en pro de la emancipación femenina. Pero a menudo oímos amargos lamentos por parte de las mujeres profesionales, y los críticos se mofan de la *mujer nueva*. Al dejar sus salones para ingresar en la sociedad, ellas nutren el material de los chistes y de las discusiones.

Esto ocurre porque, aun cuando estén en la sociedad, las mujeres siguen siendo "mantenidas" por otros. Si otros las "mantienen" deben permitir que las reprueben y las insulten. Ya vimos cómo se lamentaba Confucio, y sabemos que hallaba la cosa "difícil" porque tenía que "mantener" mujeres.

Por eso no era demasiado apropiado tenerlas "cerca" ni a la "distancia". Este es el lamento general de muchos varones y de muchos maridos de hoy. Y de eso se lamenta la mayor parte de las mujeres. Porque antes de que la diferencia entre el "que tiene" y el que "es mantenido" no se supere, no podrán eliminarse estas quejas ni estos lamentos.

En esta sociedad no reformada, toda nueva moda es simplemente una estafa. Nada ha cambiado realmente. Si dejáis que un pajarito que estuvo encerrado en una jaula se pose sobre un caballete, su condición parece haber cambiado, pero en realidad todavía es el hazmerreír de los hombres. Cada uno de sus bocados y de sus sorbos está controlado por otros. Eso es lo que significa el proverbio: "Acepta una comida y aceptarás órdenes". Así, hasta que todas las mujeres hayan alcanzado el mismo poder económico que los hombres, pienso que los títulos altisonantes quedarán en el vacío. Claro está, hay diferencias biológicas y psicológicas entre hombres y mujeres, como indudablemente las hay entre personas del mismo sexo. Pero su condición debería ser igual. Sólo cuando esto suceda tendremos verdaderas mujeres y verdaderos hombres, y eliminaremos los lamentos y las quejas.

La verdadera emancipación debe ser precedida por una lucha. Yo no digo que las

---

<sup>38</sup> Una mujer de Hangchow que organizó los cuerpos de expedición femeninos en el Norte, en la época de la revolución de 1911, y más tarde se convirtió en consejera de Yuan Shih-kai.

mujeres deban abrazar las armas como los hombres, o amamantar a los niños con un solo pecho, dejando la otra mitad como responsabilidad de los hombres. Lo que quiero decir es que no debemos conformarnos con la condición actual, sino combatir constantemente por la emancipación, en las ideas y en la economía. Cuando la sociedad sea libre, los individuos también lo serán. Claro que es necesario combatir contra las cadenas que hoy son exclusividad de las mujeres.

*21 de octubre de 1933.*

## MI PRIMER MAESTRO

No logro recordar en qué viejo libro leí acerca de un moralista adepto de Confucio — una celebridad, naturalmente—, que combatió al budismo durante toda su vida y sin embargo a su hijo le puso de nombre Monje.

Un día le preguntaron la razón. "Fue para demostrar mi desprecio", respondió. El que había hecho la pregunta se retiró en silencio. En realidad, ese moralista actuaba de mala fe. Porque le había puesto a su hijo el nombre de Monje por superstición. La China abunda en monstruos y fantasmas a los que les gusta asesinar a las personas que prometen, especialmente a los niños, mientras que las personas de segunda categoría mueren muy plácidamente. En cuanto a los monjes, desde el punto de vista de los monjes, como pueden hacerse *bodhisattvas* —aunque no todos— están por cierto en una posición muy elevada. Pero desde el punto de vista de los literatos, como los monjes no tienen casa y no pueden llegar a ser funcionarios, se clasificarían en la segunda categoría. Los monstruos y los fantasmas, concebidos por los literatos, opinan naturalmente igual que los literatos y, por lo tanto, no atormentan a los monjes.

Otro modo de tener a raya a los fantasmas es tomar a un monje como maestro, lo que significa que el niño es dedicado al monasterio, aunque no lo manden a vivir allí. Yo era el varón primogénito de la familia Chou, y como "lo que es raro tiene valor", mi padre temía que pudiese llegar a ser un hijo promisorio y morir joven; por eso, antes de cumplir un año me llevaron al monasterio de Changching y me eligieron un monje como maestro. No sé si le ofrecieron regalos al maestro o al monasterio. Todo lo que sé es que recibí el nombre budista de Chang-keng, que más tarde usé ocasionalmente como pseudónimo, y que en el cuento *En la hostería* le di al desgraciado que se hace el prepotente con la sobrina. Había también un traje monástico, "la túnica de remiendos", que debía coserse con toda suerte de trapos. La mía, sin embargo, estaba hecha con pedazos ovalados de seda de diferentes colores, y sólo podía usarla en ocasiones particulares. Había algo más, el llamado "cabestro", del que colgaban varios pequeños objetos como un calendario, un espejo, un cedazo de plata y así sucesivamente. Se decía que tenía el poder de mantener alejado el mal de ojo.

No caben dudas de que estas precauciones parecían surtir algún efecto: hasta ahora no me he muerto.

Pero aunque yo todavía tengo mi nombre budista, la túnica y el cabestro hace tiempo que desaparecieron. Hace pocos años, cuando volví a Pekín, mi madre me dio el cedazo de plata, único recuerdo de mis días de infancia. Observándolo atentamente — era más pequeño que un pulgar— vi que en el centro había dibujado un *yin* y un *yang*<sup>39</sup>, sobre ellos un libro y debajo un rollo; de los dos lados pendían una pequeña regla, tijeras, un ábaco y una balanza. La verdad apareció ante mí imprevistamente: los espíritus malignos de China temen a las cosas precisas y netas, que no admiten ambigüedades. Por curiosidad, el año pasado entré a una joyería en Shangai y compré dos de estos talismanes. Eran casi idénticos al mío, sólo variaba el número de pequeños pendientes. Es en verdad sumamente extraño que, aunque ha pasado otro medio siglo, la naturaleza de los espíritus malignos no haya cambiado para nada y que contra ellos se usen hoy los mismos talismanes. Pero comprendo que los adultos no pueden emplear cosas no ambiguas. En efecto, sería peligroso.

Todo esto me lleva a mi primer maestro, hace medio siglo. Sigo sin saber su nombre budista, pero todos lo llamaban Maestro Lung. Era un hombre alto y seco, de cara flaca y larga, de pómulos altos y ojos almendrados. Un monje tiene prohibido dejarse crecer los bigotes, sin embargo él tenía unos bigotitos que descendían a ambos lados. A todos los resultaba simpático, incluso a mí, porque no me ordenaba recitar letanías, ni me enseñaba ningún precepto budista. En cuanto a él, cuando vestía el hábito de

---

<sup>39</sup> Dibujo que simboliza al universo. El *yin* representa al elemento femenino o negativo, y el *yang* al elemento masculino o positivo de la naturaleza.

superior de los monjes o se ponía el sombrero de tres picos de *Vairochana*<sup>40</sup> para cantar: "Que todos los espíritus solitarios a los que no se les rindieron sacrificios vengan a recibir el dulce rocío", su dignidad era insuperable. Pero por lo general no cantaba los sutras, porque era el abad encargado de todos los asuntos administrativos del monasterio. Para ser más claros —así lo creía yo— era un laico con la cabeza rasurada.

Dentro de este estado de cosas, mi maestro tenía una esposa. Por regla los monjes no deberían tener esposa, pero mi maestro tenía. En el ingreso de nuestra casa había una mesita con incisiones de oro de los caracteres de los cinco dignatarios a los que se les debe respeto y obediencia absolutos: "el cielo, la tierra, el soberano, los padres y el maestro". Como yo era el discípulo y él el maestro, no estaba en condiciones de censurarlo. Por ese entonces, incluso, no soñaba siquiera con censurarlo, simplemente pensaba que su conducta era un poco extraña. Pero quería mucho a la mujer de mi maestro. Por cuanto puedo recordar, debía tener algo más de cuarenta años cuando la vi por primera vez; una matrona imponente, que en chaqueta y pantalones negros de gasa gozaba el fresco en el patio, y cuyos niños venían a jugar conmigo. A veces había fruta y dulces para comer; esa era ciertamente una de las razones de mi simpatía por ella. Para usar las palabras del eminente profesor Chen Yuan, era uno de esos casos en los que "mi madre es la que me da de comer". Una actitud semejante es muy despreciable.

Pero la mujer de mi maestro era la protagonista de una insólita historia de amor. "Historia de amor" es la expresión moderna. En aquellos tiempos, en nuestras comarcas alejadas del mundo, se decía "convenio de casamiento". Como esta expresión aparece en el *Libro de los sueños*, su origen es muy antiguo, y se remonta a no mucho después de los tiempos del rey Wen, el rey Wu y del duque de Chou<sup>41</sup>. Más tarde parece haber perdido parte de su dignidad original, pero esto no tiene nada que ver con lo nuestro. De cualquier modo, parece que cuando el maestro Lung en su juventud era un monje de buen aspecto y gran capacidad, con muchas relaciones influyentes y un montón de conocidos. Un día, en el pueblo, se representó un drama religioso y, dado que él conocía a los actores, subió al palco para tocarles el gong. Con la cabeza rasurada y un traje nuevo y flamante debía de estar magnífico. Pero la gente de campo, generalizando, es más bien conservadora. Dado que consideraban que las funciones de los monjes debían limitarse a cantar los sutras y a dar misas, alguno de los del público empezó a maldecir, y mi maestro, que no era capaz de aceptar el insulto en silencio, le respondió con malas palabras. Se inició entonces una batalla, una granizada de troncos de caña de azúcar recubrió el escenario, algunos valientes partieron al ataque, y como el monje era uno contra todos, tuvo que retirarse. Pero mientras se retiraba, los demás empezaron a seguirlo y tuvo que refugiarse rápidamente en una casa. En esa casa habitaba una joven viuda. No tengo demasiado en claro qué ocurrió luego; más tarde, de todos modos, ella se convirtió en la esposa de mi maestro.

Si bien la revista *Viento del universo* se publica desde hace tiempo, no había tenido ocasión de leerla hasta hace pocos días, cuando vi el número especial de primavera. En el mismo hay un ensayo del señor Chu-tang, titulado: *Los héroes no pueden ser juzgados ni por sus éxitos ni por sus fracasos*, que me pareció muy interesante. El escritor sostiene que el rechazo de los chinos a juzgar a los héroes por sus fracasos o éxitos "demuestra, sin duda, un elevado idealismo... sin embargo, en la sociedad humana eso es muy dañino... Si sostenemos a los débiles y resistimos a los fuertes significa que no queremos tener hombres fuertes, mientras que el culto de los derrotados es como negarse a reconocer a los héroes y a sus éxitos... Recientemente se dijo más de una vez que los chinos tienen la capacidad de asimilar a los otros, y que por lo tanto los Kitai, los Tártaros de Oro, los Mongoles y los Manchú, en realidad, nunca conquistaron China. Pero, en efecto, esta es simplemente una forma de inercia

<sup>40</sup> Vairochana es el nombre de un *arhat*. Este tipo de sombrero se usa durante el sacrificio de los espíritus.

<sup>41</sup> Es decir, el siglo XI a. de C.

y de renuencia a aceptar nuevas instituciones".

No entraré a discutir aquí la manera de corregir dicha inercia, porque un montón de gente está hallando las soluciones por nosotros. Deseo simplemente afirmar que la razón por la cual la joven viuda se casó con mi maestro radica en que ella también cometía la equivocación de negarse a juzgar a los héroes por sus éxitos y fracasos. Dado que el campo no tenía héroes vivos, como Yueh Fei o Wen Tien-hsiang<sup>42</sup>, un monje de buen aspecto que escapaba del escenario bajo una granizada de troncos de caña de azúcar era un auténtico héroe derrotado. Entonces, descubriendo en ella misma la inercia tradicional, la viuda empezó a admirarlo. Sintió hacia sus perseguidores los mismos sentimientos que nuestros antepasados sintieron por las fuerzas poderosas de los Kitai, de los Tártaros de Oro, de los Mongoles y de los Manchú, y no quiso reconocer a los héroes a los que les sonreía el éxito. El resultado en la historia, como subraya el señor Chu-tang, fue que "sin un despliegue de fuerzas los chinos no se hubieran sometido". Por eso "los diez días de terror en Yangchow y "las tres masacres en Chiating"<sup>43</sup> lo hicieron como es debido. No obstante, parece que esta vez la gente del condado se dispersó sin ningún despliegue de fuerza. Puede ser que supieran que el monje se escondía en casa de la viuda.

Así fue como tuve tres hermanos mayores y dos menores en religión. Hermano Número Uno era el hijo de un pobre hombre que había sido ofrecido o vendido al monasterio. Los otros cuatro eran hijos de mi maestro, y por ese entonces no me pareció extraño que un monje grande procrease monjes pequeños. Hermano Número Uno era soltero, pero Hermano Número Dos tenía mujer e hijos, aunque trataba de escondérmelo, por lo que podemos entender que su incentivo religioso era muy inferior al de su padre, mi maestro. De todos modos, estos hermanos eran tanto mayores que yo, que en la práctica no nos mezclamos nunca.

Tercer Hermano me llevaba, probablemente, unos diez años, pero nos hicimos grandes amigos y yo a menudo me preocupaba por él. Recuerdo la época en la que hizo sus votos monásticos. Como no leía muchos sutras, temía no poseer un profundo conocimiento de la doctrina Mahayana, y estaba seguro de que cuando le pusieran sobre la frente apenas rasurada dos trozos de mecha con hongo agárico y lo cauterizaran, aullaría de dolor. Dado que en la ceremonia intervendrían más creyentes, ello se vería muy mal, y yo también, como su hermano menor en religión, iba a hacer un mal papel. ¡La cosa no funcionaba! Este pensamiento me atenaceaba la mente con tanta fuerza como si yo fuera quien debía tomar los votos. Pero mi maestro, después de todo, demostró la profundidad de su talento religioso. El día de la ceremonia, por la mañana, mandó a llamar a Tercer Hermano y, en lugar de hablarle de la disciplina o de la doctrina, le dije simplemente, con aire severo: "Debes quedarte quieto a toda costa, y estar seguro de que no llorarás ni gritarás. ¡Si no lo haces así, tu cabeza se romperá y morirás!".

La terrible admonición fue realmente más eficaz que el Sutra Saddharmapundarika o el Mahayana Sraddhotoada Sastra. En efecto, ¿quién quiere morir? La ceremonia llegó a término solemnemente. Aunque sus ojos estaban más húmedos que nunca, Tercer Hermano no respiró mientras los dos trozos de mecha con hongo agárico le quemaban la cabeza. Habiéndome quitado este tremendo peso de encima, suspiré aliviado, mientras los más creyentes aplaudían con admiración, alabando a Buda u ofreciendo con alegría sus dones antes de prosternarse e irse.

La ceremonia con la que un hombre de las sagradas órdenes toma sus votos de monje y es promovido de converso a monje, equivale a la ceremonia laica de la mayoría de edad, cuando un muchacho se convierte en hombre. Un hombre desea "tomar mujer"; un monje no se exime de pensar en las mujeres. Una falsa creencia difundida entre los que nunca tuvieron un maestro budista, ni siquiera amistad con monjes, consiste en imaginar que ellos piensan en Sakyamuni o en Matreya. En los monasterios hay monjes que practican la religión, prescinden de las mujeres y no comen carne; mi

<sup>42</sup> Dos generales patriotas de la dinastía Sung.

<sup>43</sup> Sanguinarias masacres llevadas a cabo por los Manchú en 1645.

Hermano Número Uno, por ejemplo, era uno de los castos. Pero monjes así son extraños y fríos misántropos, que siempre tienen aspecto infeliz y se enojan si tocáis sus abanicos o sus libros, tanto, que la gente no se anima a acercárseles. Por eso todos mis amigos monjes, o tenían mujeres, o declaraban querer tenerlas, o comían carne, o declaraban querer comerla.

Por lo tanto, no me sorprendió que Tercer Hermano deseara una mujer, y yo sabía qué tipo de mujer era su ideal. Es dable pensar que le gustaba alguna monja, pero no se trataba de esto. No, él aspiraba a la hija o a la joven esposa de una buena familia; y el mediador en este asunto amoroso, aunque unilateral, era un "nudo".

Cuando había un funeral en una de las familias ricas de nuestro distrito, se celebraba una misa cada siete días, y durante uno de esos días tenía lugar la ceremonia de "deshacer los nudos". Como el difunto debía de haberse granjeado enemigos durante su vida y alguna de esas enemistades debía seguir en pie, luego de su muerte era necesario deshacer todos los nudos de la enemistad. Esto se hacía de la manera siguiente. Esa noche, después del canto de los sutras y de los rituales, se ponían platos de comida delante de la urna, junto con un plato de nudos. Los nudos eran de cáñamo o de sogas blancas enhebradas en una docena de monedas de cobre, que luego se anudaban en forma de mariposas, de diseños geométricos u otras formas precisas, muy difíciles de desanudar. Los monjes se sentaban en torno de la mesa cantando sutras, mientras deshacían los nudos. Y cuando todos los nudos estaban deshechos, las monedas de cobre entraban a los bolsillos de los monjes, al tiempo que todos los nudos de las enemistades del difunto quedaban desanudados. Parece algo extraño, pero era la costumbre general y nadie lo consideraba extraño.

También en este caso supongo que se trataba de una suerte de inercia.

Pero no todos los nudos se deshacían, como un laico podría esperar. Si un monje pensaba que algunos de ellos estaban particularmente bien hechos, podía enamorarse. O si bien si algunos de ellos estaban tan apretados que resultaba difícil deshacerlos, podía tomarles antipatía. En ambos casos, la cosa podía deslizarse dentro de las mangas del monje, dejando al pobre difunto con sus nudos de enemigos todavía atados y sufriendo el infierno. Cuando los monjes llevaban tales tesoros al monasterio, los conservaban y los acariciaban de tanto en tanto, tal como cualquiera de nosotros se interesa especialmente por las obras de las escritoras. Mientras los contemplaban complacidos, era natural que pensarán en la persona que los había hecho. ¿Quién podía haberlos atado de ese modo? No un hombre, y menos aún un sirviente; sólo la hija de familia o una joven esposa podía haber sido tan hábil. Como los monjes no son tan sublimes como los literatos, cuando observan el objeto no pueden dejar de pensar en la que lo hizo y abandonarse a ciertos vanos y frívolos pensamientos. Pero aunque yo tenía a un monje por maestro, sigo siendo un laico; por lo tanto, no puedo entender del todo su psicología.

Sólo recuerdo que, luego de una considerable presión de mi parte, Tercer Hermano me dio algunos de esos nudos. Algunos estaban modelados de manera realmente intrincada, mientras que otros, luego de haber sido atados, habían sido sumergidos en agua, para ablandarlos, y luego golpeados con fuerza, con el mango de las tijeras o algo similar, para que ningún monje pudiese deshacerlos. Deshacer nudos significaba ayudar al difunto, pero en estos casos las cosas se ponían difíciles para los monjes. No lograba entender plenamente qué podían tener en la cabeza esas jóvenes casaderas o esas jóvenes esposas. Sólo después de veinte años, después de estudiar algo de medicina, me di cuenta de que ellas sacaban cierta sádica satisfacción de tal forma de crueldad hacia los monjes. Que la frustración de las mujeres confinadas a las habitaciones interiores de la casa se transmitiera como por radio a los monjes es algo que, sospecho, nuestros moralistas adeptos de Confucio jamás hubieran previsto.

Más tarde, también Tercer Hermano se casó. No sé si con la hija de una familia pudiente, con una monja, o con una empleada doméstica "de buen rango", porque lo guarda en secreto, aunque su talento religioso es mucho menos brillante que el de su padre. Para ese entonces yo mismo estaba creciendo y había recogido no sé de donde

antiguos dichos como: "Un monje debe observar las reglas del monasterio". Se lo cité para tomarle el pelo. Para mi sorpresa, no se mostró en absoluto embarazado, pero me miró como un ángel guardián budista.

"Si un monje no tuviese esposa —rugió— ¿de dónde vendrían los pequeños *bodhisattva*?

Esto se conoce en la doctrina budista como "el rugido del león". Me hizo ver la verdad y me obligó a callar. Naturalmente, yo había visto a los grandes Budas de tres metros de altura en los monasterios, y a los pequeños *bodhisattva*, de pocos pies o pocos centímetros, pero nunca me había asombrado por semejante diferencia de altura. Después de ese rugido comprendí perfectamente la necesidad de los monjes de tener esposas, y nunca más dudé acerca del origen de los pequeños *bodhisattva*. Pero desde entonces, se hizo más bien difícil encontrar a Tercer Hermano: porque ese hombre santo tenía ya tres casas: el monasterio, la casa de sus padres y la casa donde estaba su mujer.

Mi maestro murió a los cincuenta años, aproximadamente. La mayor parte de mis hermanos en religión son ahora abates, y, aunque seguimos siendo amigos, hace mucho que perdimos contacto. Con todo, estoy convencido de que produjeron gran cantidad de pequeños *bodhisattvas*, algunos de los cuales deben haber producido, a su vez, sus propios *bodhisattva*.

1° de abril de 1936.

## EL FANTASMA DE LA MUJER AHORCADA

Creo que fue Wang Sze-jen, a fines de la dinastía Ming, quien dijo: "Kuaichi<sup>44</sup> es la casa de la venganza, no es un lugar que tolere la suciedad". Esto nos da gran crédito a los habitantes de Shaohsing, y es para mí un gran placer oír o citar estas palabras. No son completamente ciertas, sin embargo, porque, en realidad, a nuestro distrito se le puede aplicar cualquier definición.

Con todo, es un hecho que el ciudadano medio de Shaohsing no odia tanto la venganza como los escritores "progresistas" a Shangai. Miren, por ejemplo, nuestro arte. En la obra hemos creado un espíritu de la venganza más amable o más fuerte que todos los otros fantasmas. Es el fantasma de la Mujer Ahorcada. En mi opinión, Shaohsing puede mostrarse orgullosa de dos fantasmas que no tienen parangón. Uno es Wu Chang, tan indefenso y sin embargo osado frente a la muerte, que tuvo el honor de representar a mis coterráneos en *Flores del alba recogidas al atardecer*. Pero hoy hablaré del otro.

La Mujer Ahorcada puede ser un nombre local, que en lenguaje común debería sonar como: "El fantasma de una mujer que murió ahorcada". La verdad es que, cuando hablamos de fantasmas que murieron ahorcados, naturalmente damos por sobreentendido que son mujeres, porque siempre hubo más mujeres que hombres que murieron de ese modo. En el *Srh Ya*<sup>45</sup> hay una araña que está suspendida en el aire y que se llama Mujer Ahorcada. Eso prueba que ya en épocas lejanas, como las de las dinastías Chou y Han, la mayor parte de los ahorcados pertenecían al sexo femenino. Por eso a la araña no se la llamó Hombre Ahorcado, ni se le dio el género neutro con el nombre de Criatura Ahorcada. Pero durante el espectáculo de un Gran

---

<sup>44</sup> Antiguo nombre de Shaohsing.

<sup>45</sup> Antiguo léxico chino de autor desconocido, probablemente del siglo III a. de C.

Drama, o Drama Maudgalayayana, el público pronuncia el nombre de Mujer Ahorcada, e incluso el nombre de Diosa Ahorcada. No conozco ningún otro caso en el que un fantasma que no haya muerto de muerte natural haya sido divinizado: esto demuestra cuánto los ama la gente y cuánto los respeta. ¿Por qué entonces lo llamamos Mujer Ahorcada? La razón es simple: en la obra también hay un Hombre Ahorcado.

La Shaohsing que conocí es la de hace cuarenta años. Corno en esa época no residían allí altos funcionarios, en las casas de los señores no se daban espectáculos privados. Todos los espectáculos eran una especie de drama religioso. Los huéspedes de honor estaban sobre los altares, mientras que nosotros, los mortales, debíamos dar las gracias por la ocasión que se nos ofrecía. Para el Gran Drama o Drama Maudgalayayana se invitaba a mucha más gente. No hace falta decir que los dioses venían: pero también se invitaba a los fantasmas, sobre todo a los espíritus de la venganza que no habían muerto de muerte natural. Esto hacía de la ocasión algo mucho más excitante y solemne.

Ya creo haber dicho que, si bien el Gran Drama o Drama de Maudgalayayana se recitaban para los dioses, para los mortales y para los espíritus, eran muy diferentes. Una primera diferencia radicaba en los actores. En el primero se trataba de profesionales, en el segundo de aficionados: campesinos y obreros que se reunían para la ocasión. Otra diferencia radicaba en el repertorio: el primero consistía en muchas obras, el segundo en una sola: *Maudgalayayana salva a su madre*. Pero los dos se abrían con la misma "invocación a los espíritus"; los fantasmas hacían su comparsa en escena de vez en cuando, y al final los hombres buenos iban al cielo y los malvados al infierno.

Antes del inicio del espectáculo os dabais cuenta de que no se trataba de cualquier obra religiosa, porque sobre los dos lados del escenario había unos sombreros de papel que debían ponerse los dioses y los espíritus. De este modo, un aficionado al teatro, después de haber cenado a su voluntad, de beber el té, y de dar dos pasos por la platea, no tenía más que echar una mirada a los sombreros todavía colgados, para saber cuál de los dioses o de los fantasmas ya había estado en el escenario. Como estas obras empezaban más bien temprano, la "Invocación a los espíritus" tenía lugar al atardecer. Después de la cena, el espectáculo ya estaba en su punto óptimo. Sin embargo, el comienzo era indudablemente la mejor parte. En realidad, los únicos espíritus invocados eran los de los que no habían muerto de muerte natural.

Por eso figuraban los espíritus de los caídos en el campo de batalla, como en la oda de Chu Yuan<sup>46</sup>:

*Sus espíritus inmortales, aunque sus  
cuerpos hayan muerto,  
entre los fantasmas reinarán  
orgullosamente como soberanos*

Al caer la dinastía Ming, muchos habitantes de Shaohsing se rebelaron contra los invasores y los mataron. Durante la dinastía Ching se los llamó "rebeldes". Sus intrépidos espíritus también eran invocados en esa ocasión. Hacia el crepúsculo, una docena de caballos aparecía de pie en el escenario, y en medio de ellos un actor, enmascarado de rey de los fantasmas, con la cara azul pintada con líneas iguales, a escamas, y con un horcón. Luego había media docena de fantasmas-soldados; para estos papeles podía ofrecerse como voluntario cualquier muchacho. En mi adolescencia hice varias veces de fantasma-voluntario. Nos hacían trepar al escenario para ofrecer nuestros servicios, luego nos ponían un poco de polvo en la cara y a cada uno nos daban un horcón. Cuando éramos cerca de una docena nos precipitábamos hacia los caballos y galopábamos hacia las turnas abandonadas esparcidas por el campo. Allí describíamos tres círculos, desmontábamos y nos poníamos a gritar a

<sup>46</sup> Un poeta que vivió en el siglo III a. de C.



pleno pulmón; después disparábamos nuestros horcones en un *fondo* contra los túmulos funerarios. Entonces regresábamos al galope, con los horcones en la mano. Salíamos al escenario, lanzábamos todos juntos un grito enorme y arrojábamos los horcones, clavándolos derechos sobre el tablado. Así terminaba nuestra labor, nos lavábamos la cara, abandonábamos el escenario y podíamos irnos a casa. Claro que si nuestros padres nos hubiesen descubierto, difícilmente habríamos escapado a una buena dosis de golpes de bambú (el instrumento para pegar a los muchachos más común de Shangai) como castigo por habernos mezclado con los fantasmas y como desahogo al temor paterno de que nos hubiésemos caído del caballo y nos hubiésemos matado. Afortunadamente, a mi nunca me descubrieron. A lo mejor me protegían los espíritus malignos.

Esta ceremonia significaba que los más diversos fantasmas solitarios, y los espíritus de la venganza, habían llegado por fin con el rey de los fantasmas y sus fantasmas-soldados para asistir al espectáculo junto con nosotros. Pero no había por qué preocuparse. Los fantasmas estaban muy bien dispuestos; durante toda esa noche no iban a fastidiar en lo más mínimo. Así empezaba la obra y se desarrollaba lentamente, alternando a los seres humanos con las apariciones: el espectro del Quemado Vivo, el espectro del Ahogado, el espectro del Muerto en una Celda de Exámenes, o el del Hombre Comido por un Tigre, etc. Si así lo deseaban, los muchachos podían representar también alguno de estos papeles, pero pocos ambicionaban personificar a fantasmas tan insignificantes, que no impresionaban mucho al público. La atmósfera se tensaba mucho más en cuanto llegaba el momento de la danza del Fantasma Ahorcado. Al oírse el gemido de una tumba, de la viga central descendía un lazo corredizo y bajaba, bajaba hasta aproximadamente a dos quintos de la altura del escenario. Los espectadores contenían la respiración y en ese momento se precipitaba hacia afuera un hombre con la cara pintada, vistiendo solamente un par de cortas bragas. Era el Hombre Ahorcado. Se lanzaba hacia la cuerda colgante y, como una araña pegada al hilo, o interesada en tejer su tela, se columpiaba hacia arriba y hacia abajo, retorciéndose dentro y fuera del nudo como un gusano; este ejercicio lo realizaba en cuarenta y nueve (siete veces siete) puntos diferentes del cuerpo: las muñecas, las caderas, los flancos, los codos, las rodillas, la nuca... por fin el cuello. Pero no cerraba su cuerpo en el nudo corredizo: lo aguantaba en cambio con las dos manos, metía adentro el cuello, saltaba y salía. Esta danza era muy difícil, y el Hombre Ahorcado era el único papel del drama Maudgalayayana para el que se contrataba a un profesional.

Los viejos me decían que se trataba de una danza extremadamente peligrosa, porque podía provocar la aparición del verdadero Hombre Ahorcado. De modo que, tras los bastidores, tenía que haber uno disfrazado de Wang, el inspector de fantasmas, que tenía una mano levantada como signo mágico, mientras que en la otra apretaba una maza, y fijaba sus ojos en un espejo que reflejaba el escenario. Si llegaba a ver en el espejo a dos Hombres Ahorcados, uno de los dos debía ser el verdadero fantasma. En tal caso, debía salir inmediatamente y golpear al falso con la maza, para que rodara del escenario hacia abajo. En cuanto hubiera rodado, el falso fantasma debía correr hacia el río, lavarse la cara para quitarse la pintura, y luego meterse en medio de la muchedumbre para ver el espectáculo, antes de irse muy despacito a su casa. Si llegara a arrojarse del escenario muy lentamente, moriría ahorcado sobre el escenario. Si la pintura llegara a irse muy lentamente, el verdadero fantasma lo reconocería y lo seguiría. El sistema de meterse entre la multitud y quedarse allí a ver el espectáculo era un poco como la historia del alto funcionario destituido, que debe abrazar el budismo y marcharse al extranjero a estudiar las condiciones de otros países: una ceremonia de transición que no se puede obviar.

Luego venía la danza de la Mujer Ahorcada. Naturalmente, ella también era precedida por lúgubres sonidos de trompeta. Al rato se levantaba el telón y aparecía. Vestía una chaqueta roja y una larga capa negra sin mangas; tenía el pelo largo y despeinado, dos hileras de monedas de papel pendían de su cuello, y con la cabeza gacha y las manos colgándole a los costados avanzaba por el escenario. Según los viejos

espectadores, con sus pasos trazaba el signo del corazón; pero ignoro por qué lo hacía. En cambio, sé por qué vestía de rojo. En el *Lun Heng* de Wang Chung<sup>47</sup> aprendí que los fantasmas de la dinastía Han eran rojos. En pinturas o descripciones más tardías, sin embargo, los fantasmas no parecen haber tenido un color definido, mientras que en el drama la única que viste de rojo es esta Diosa Ahorcada. Es fácil comprender por qué. Cuando ella se ahorcó, lo hizo para convertirse en un espíritu de venganza, y el rojo, uno de los colores más vivos, la acercaría más fácilmente a las criaturas vivientes...

Todavía hoy algunas mujeres de Shaohsing se empolvan la cara y visten trajes rojos antes de ahorcarse. Claro está que el suicidio es un acto de cobardía, y hablar de espíritus de la venganza no es científico. Pero se trata de mujeres bobas, que ni siquiera saben leer ni escribir. De modo que espero que nuestros escritores "progresistas" y los héroes "combatientes" no se la tomarán en contra de ellas. Si no temo que caerían extremadamente en el ridículo.

Sólo cuando ella sacudía hacia atrás sus cabellos desgreñados la gente podía distinguir bien su cara: una cara redonda, blanca como el yeso, las cejas espesas y negras como la brea, los párpados oscuros, los labios carmesí. Oí decir que en la obra de cierta prefectura de Chekiang oriental, la Diosa Ahorcada tiene también una lengua postiza, de varias pulgadas de largo, que pende de sus labios. Pero nosotros, los de Shaohsing, no la tenemos. No es porque quiera favorecer a mi distrito, pero pienso que es mejor sin lengua. Parangonada con la moda actual de sombrearse ligeramente los párpados, podemos decir que su maquillaje es más profundo y fascinante. Sólo su labio inferior debe curvarse ligeramente hacia arriba para formar una boca triangular, y hasta esto no es en absoluto desagradable. Si a medianoche se me apareciera una mujer con la cara empolvada y los labios rojos como los de ésta, a pesar de mi avanzada edad correría aún hacia ella para mirarla, aunque dude de que me vea tentado a ahorcarme. Ella se encojía un poco de hombros, miraba alrededor y escuchaba como alarmada por algún sonido. Por fin, en tonos lúgubres empezaba a cantar lentamente:

*Era una hija de la familia Yang,  
¡Ay de mi, ay de mi infeliz...!*

No recuerdo lo que sigue. Incluso estos versos los he tomado ahora de Keh-shih<sup>48</sup>. De cualquier modo, su canción decía que la habían ofrecido en matrimonio cuando niña y que crueles maltratos la habían obligado a ahorcarse. En cuanto la campana dejaba de tocar se oían lejanamente los gemidos de otra mujer, que lloraba amargamente por sus propias desventuras y que se preparaba para el suicidio.

La Mujer Ahorcada, al oír esos lamentos, se regocijaba enormemente y quería que la otra mujer tomara su lugar. Precisamente en ese momento, sin embargo, aparecía el Hombre Ahorcado y declaraba que el nuevo fantasma debía tomar su lugar. De las palabras pasaban a los hechos y, naturalmente, el sexo débil quedaba fuera de combate. Pero entonces aparecía afortunadamente Wang, el Inspector de fantasmas. Wang no era un hombre simpático, pero era un ferviente partidario de la causa femenina. De modo que con un golpe de maza mataba al Hombre Ahorcado y restituía a la Mujer Ahorcada la libertad de irse por su cuenta.

Los viejos me decían que en los tiempos antiguos el número de hombres que se ahorcaban era igual al de las mujeres, pero que después de que el Inspector de fantasmas mató al Hombre Ahorcado, pocos hombres se suicidaban de ese modo. Y me decían que en la antigüedad había cuarenta y nueve (siete veces siete) diferentes puntos del cuerpo por los que la gente podía ahorcarse: sólo después de que el Inspector de fantasmas mató al Hombre Ahorcado, el cuello se convirtió en el único

<sup>47</sup> Una colección de ensayos escritos durante el siglo I d. de C.

<sup>48</sup> Sobrenombre de Chou Chien-jen, hermano menor de Lu Hsun.

punto fatal. Los fantasmas chinos tienen esta particularidad: después de haberse convertido en fantasmas pueden morir de nuevo. En nuestro distrito los llamamos, en este caso, fantasmas de fantasmas. Pero si el fantasma del Hombre Ahorcado ya había sido matado, ¿por qué temían su aparición durante la danza? No logro entender esta lógica, y cuando les preguntaba a los viejos, ellos tampoco eran capaces de darme una explicación satisfactoria.

Debo decir que los fantasmas chinos sólo tienen una mala costumbre: que se encuentran sustitutos por puro y simple egoísmo. De no ser por esto, podríamos mezclarnos con ellos tranquilamente. Ni siquiera la Mujer Ahorcada es una excepción a esta costumbre y, a veces, en su búsqueda de sucesor olvida incluso vengarse. En Shaohsing cocinamos el arroz en ollas de hierro, sobre fuego de leña o de paja. Cuando el hollín bajo la olla se hace muy espeso, el calor ya no puede penetrar: por eso es común encontrar raspaduras de hollín esparcidas por el suelo. Pero siempre se la encuentra desparramada, porque ninguna mujer de campo seguirá el método más simple, que consistiría en poner la olla dada vuelta sobre la tierra y sacar el hollín que está alrededor formando un aro negro. Porque precisamente de ese hollín la Mujer Ahorcada saca su nudo corredizo para obligar a la gente a matarse. Desparramar el hollín es una suerte de resistencia pasiva: pero no dictada por el miedo a que el espectro se venga, sino sólo para impedir que halle un sustituto.

Aunque los oprimidos no son propensos a vengarse, por lo menos no temen que los otros se venguen de ellos. Sólo ciertos asesinos y sus acólitos, que chupan la sangre de los hombres y devoran su carne en secreto, sólo ellos darán consejos del tipo "No os venguéis" o "perdonad las ofensas". Este año vi con mayor claridad los secretos pensamientos de ciertas criaturas con rostro humano.

*19-20 de septiembre de 1936.*

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>